

JOSÉ ALEGRE

Maestro Nacional y Profesor Mercantil

MARIANISTA

—II—

PEDRO MARTÍNEZ

Licenciado en Filosofía y Letras

MARIANISTA

—II—

Segundo Libro de Lectura

TERCERA PARTE



MADRID

IMP. DE HIJOS DE BENIGNO AYORA

Concepción Jerónima, 15 y 17

1926

12-13

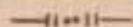
R. 293

D = 46 LE. 3779

JOSÉ ALEGRE

Maestro Nacional y Profesor Mercantil

MARIANISTA



PEDRO MARTÍNEZ

Licenciado en Filosofía y Letras

MARIANISTA



4-73

Segundo Libro
de Lectura

TERCERA PARTE



MADRID

IMP. DE HIJOS DE BENIGNO AYORA

Concepción Jerónima, 15 y 17

1926

195
CENTRAL DE...
[Illegible text]

195
[Illegible text]

Segundo Libro

Nihil obstat:

DR. JUSTO PÉREZ CERRADA
Censor.

Madrid 28-IX-25.



Imprimase:

DR. J. FRANCISCO MORÁN
Vic. Gen.

[Illegible text at the bottom of the page]

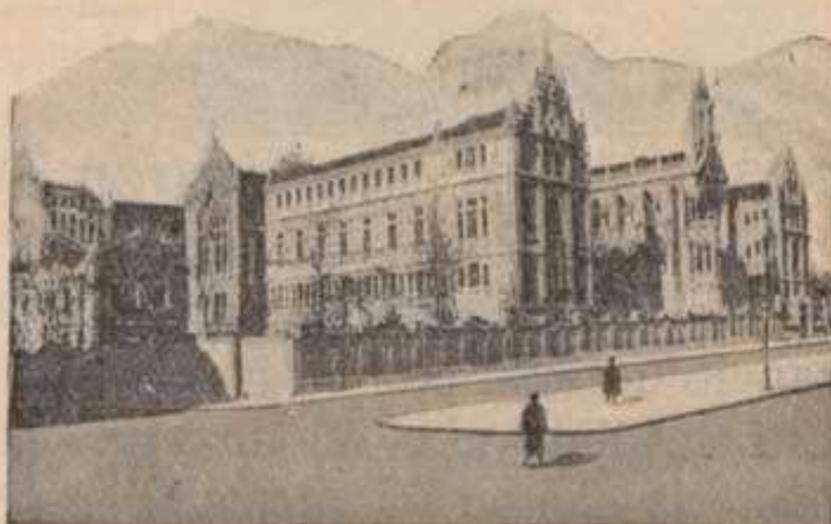


Segundo Libro de Lectura

TERCERA PARTE

El colegio

«Sí, querido Enrique; el estudio es duro para ti; no siempre te veo ir al Colegio con aquel ánimo resuelto y aquella cara sonriente que yo quisiera. Tú eres algo terco; pero, oye: piensa un poco y considera ¡qué despreciables y estériles serían tus días si no fueses al Colegio! Juntas las manos, de rodillas, pedirías al cabo de una semana volver a él, consumido por el hastío y la vergüenza, cansado de tu existencia y de tus juegos. Todos, todos estudian ahora, Enrique mío. Piensa en los obreros que van a la escuela por la noche, después de haber trabajado todo el día; en las mujeres, en las muchachas del pueblo que van a la escuela los domingos, después de haber trabajado toda la semana; en los soldados, que echan mano de libros y cuadernos cuando vienen rendidos de sus ejercicios; piensa en los niños mudos y ciegos que, sin embargo, estudian; y hasta en los presos, que también apren-



den a leer y escribir. Pero ¿qué más? Piensa en los innumerales niños que se puede decir que a todas horas van a la escuela o al colegio en todos los países. Míralos con la imaginación cómo van por las callejuelas solitarias de la aldea, por las concurridas de la ciudad, por la orilla de los lagos y de los mares, ya bajo un sol ardiente, ya entre las nieblas, embarcados en los países cortados por canales; a caballo por las grandes llanuras, en zuecos sobre la nieve por valles y colinas, atravesando bosques y torrentes; por los senderos solitarios de las montañas, solos, por parejas, en grupos, en largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mil modos, hablando miles de lenguas; desde las últimas escuelas de Rusia, casi perdidas entre hielos, a las últimas de Arabia, a la sombra de las palmeras, millones y millones de seres que van a aprender, en mil formas diversas, las mismas cosas. Imagina este vastísimo hormiguero de niños de mil pueblos, este inmenso movimiento, del cual formas parte, y di: si este movimiento cesase, la humanidad caería en la barbarie; este movimiento es el progreso, la esperanza, la gloria del mundo. Valor, pues, pequeño soldado del inmenso ejército. Tus libros son tus armas, tu clase es tu escuadra, el campo de batalla la tierra entera, y la victoria la civilización humana. No seas un soldado cobarde, Enrique mío.—TU PADRE.»—*Amicis.*

La Virgen de la Palma

Era D. Antonio Azlor un honrado viejo solterón, aragonés rancio de su tiempo, franco y campechano, caballero como el Cid, católico a machamartillo, devoto de la Virgen del Pilar hasta la exageración, y aficionado a las corridas de toros hasta la locura. Segundón de la casa de Guara, habíase conquistado por sus méritos propios una posición brillante, que fiel al respetuoso culto de los nobles de aquel tiempo hacia el tronco de su casa, utilizó siempre en provecho de su sobrino, el duque de Villahermosa, que lo era de la suya. Nombróle Fernando VI su ministro plenipotenciario en la corte de Viena, allá por los años

de 1750; y tan prendado quedó de las virtudes y talentos de la Emperatriz María Teresa, que desde entonces hasta su muerte, estuvo suscrito a todos los *Mercurios y Gacetas* de Viena, a pesar de que apenas entendía el idioma en que esos se hallaban escritos; y como en 1765 afligiese a aquella señora una grave dolencia, mandó D. Antonio hacer por su cuenta rogativas a la Virgen del Pilar hasta su completo restablecimiento. «Admito gustoso, escribió entonces a su sobrino Villahermosa, la enhorabuena por el restablecimiento de la Emperatriz-reina, de que es cierto que me he alegrado mucho, pues no ignoras cuántos motivos tengo para celebrarlo.» Quedó Fernando VI muy satisfecho de los servicios de D. Antonio Azlor en Viena, y después de llamarle a Madrid y admitirle con mucho agrado a besar su real mano, envióle de gobernador político a Cádiz, a donde llegó a mediados de octubre de 1755, *a Dios gracias*, según escribe él mismo a su sobrino, *y sin ningún contratiempo, después de doce días de viaje y dos vuelcos de coche.*



A los pocos días, una catástrofe horrenda, que según escribe D. Antonio a Villahermosa, veinticuatro días después del suceso, *fué el mejor bosquejo que puede darse del día del juicio*, vino a poner a prueba las dotes de mando del nuevo gobernador político. En la mañana del 1.º de noviembre de 1755, fiesta de Todos los Santos, sintióse de improviso un temblor de tierra, cuya violencia fué creciendo poco a poco, hasta derribar algunas casas y estremecer los más sólidos edificios con violentos vaivenes; mitigóse después lentamente, con extraños y pavorosos ruidos y grande espanto de todos, durando todo ello por espacio de diez minutos. Alborotóse la ciudad, y las gentes corrían por las calles espantadas, y acudían a refugiarse en los templos, dando alaridos de terror y clamando a Dios misericordia. Un viejo, de todos conocido, que vendía langostinos y bocas de la

isla, gritaba arrodillado en la puerta de San Francisco: «¡Señó! ¡Señó!... Si esto es castigo para los de Cáiz, que yo soy de Chiclana!» Con lo cual, los gaditanos, poco sufridos en medio de su terror, y creyendo importuna burla lo que sólo era sencillez de aquel desgraciado, atropelláronle e hiriéronle sin piedad, dejándole muy maltrecho.

Discurría D. Antonio Azlor por todas partes, dando acertadas disposiciones en los sitios en que mayor fué la ruina, hasta que un tropel de gentes que huía sin tino, arrastróle a su pesar, por el estrecho callejón del Tinte, hasta el convento de San Francisco, situado en el terreno que ocupa hoy la plaza de Mina, donde los frailes habían expuesto el Santísimo Sacramento. Entró D. Antonio en el templo a sosegar la multitud con su presencia; y arrodillado ante el Santísimo, hizo voto a San Francisco de llevar todos los días de su vida el cordón de su orden, si sacaba en bien a la ciudad de tan tremendo peligro. Sosegáronse al cabo los ánimos en lo posible, viendo que el suelo ya no temblaba, que todo el estrago habíase reducido a la ruina total de algunas casas ya ruinosas. Mas a deshora, en sazón de hallarse claro el horizonte y el viento en calma, retiróse el mar precipitadamente, con grandes mugidos y de modo extraño y temeroso... Cundió de nuevo el espanto, aumentado por lo nunca visto del caso, y llegó a convertirse en vértigo, cuando vieron a poco volver sobre Cádiz las altas y furibundas olas, con tal empuje y braveza, que amenazaban arrancar de cuajo la atrevida ciudad, que pareció siempre desafiarlas, como una blanca gaviota posada sobre un peñasco.

Entró el mar por la Caleta, arremetiéndolo con tal fiereza, que deshizo por completo el lienzo de la muralla que le hacía frente. Tornóse entonces el terror en locura; salvábanse los más serenos en las altas azoteas; corrían casi todos por las calles sin tino; agarrábanse muchos al primer fraile o sacerdote que encontraban al paso, y confesábanse a toda prisa en el umbral de una puerta, sentados en un guardacantón o en las cureñas de los cañones de la muralla. La gran masa de gente, atropellándose en confuso tropel y lanzando desesperados alaridos, cargó sobre la puerta de tierra, con intento de escaparse a la isla, siguiendo el arrecife. Mas D. Antonio Azlor, temiendo con previsora pruden-

cia, que los dos mares se juntasen por la carretera y pereciese en ésta toda aquella multitud espantada, mandó cerrar las puertas para impedir la salida, y mandó también hacer gran provisión de barricas de alquitrán y hachas de viento, para que si el terremoto y las embestidas del mar se repetían aquella noche, se iluminasen las calles y no viniera a aumentar la catástrofe el horror de las tinieblas. Arremolinóse el gentío en la puerta de tierra, amenazando con grandes gritos de furor echarlas abajo. Mas no cejó D. Antonio un punto en su cautela; y con enérgica y prudente persistencia, mandó a los granaderos del regimiento de Soria calar las bayonetas y resistir a aquellos infelices, que espantados por un peligro que veían, corrían a buscar una muerte, que divisaban bien cierta los serenos ojos de la prudencia. Unos treinta, entre hombres y mujeres, que lograron escapar antes de cerrarse las puertas, perecieron, en efecto, anegados al juntarse los dos mares sobre la carretera con pavoroso estruendo; y vióseles desde la muralla elevarse acá y allá en las crestas de las olas, y hacerse trizas contra las rocas, o desaparecer de la vista, mar adentro, luchando con la agonía.

Mientras tanto, subía el agua por el barrio de la Viña, midiendo ya en algunos parajes cuatro metros de altura, y entrando hasta la mitad de la calle de la Palma. Corrían de una a otra parte sin tino las gentes, locas de terror; y rechazadas en la puerta de tierra por las bayonetas, y huyendo de la furia del mar que amenazaba tragarlo todo por el lado opuesto, replegábanse hacia el convento de Santo Domingo, donde habían expuesto a la patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Rosario, con el rostro vuelto hacia la bahía; y ante la sagrada imagen caían de rodillas, pidiendo a voces confesión y clamando a Dios misericordia. Celebraba un fraile la santa Misa en la capilla de la Palma, cuando el tremendo empuje del mar rompió la muralla y entraron por la Caleta las aguas; los alaridos de espanto de la muchedumbre, que se refugiaba en la iglesia, y los temerosos mugidos del mar, que rápidamente se acercaba, advirtiéronle el peligro. Mas no perdió el fraile un momento su sosiego; con religiosa pausa terminó el santo Sacrificio, y cogiendo después el estandarte de la Virgen de la Palma, salió por la calle abajo, seguido de inmenso pueblo, al encuentro de las aguas; llegaban ya

éstas a la mitad de la calle, y el pueblo se detuvo aterrado a lo lejos, cayendo de rodillas, mudo de espanto, poseído de ese estu-
por inmenso que precede siempre a las terribles expectativas.

Adelantóse entonces el fraile, solo, en medio de aquel hor-
rendo silencio, y avanzó hasta mojarse los pies en las saladas
aguas; una ola se retiraba entonces, dejando empapada la tierra,
y en aquella línea mojada clavó el fraile de un golpe el estandar-
te de la Virgen, clamando con recias voces:

—*¡Si eres madre de Dios, no pasará de aquí el agua!...*

Mil gritos del alma, de esos que sirven al hombre de oración
en las angustias supremas, desgarraron entonces el aire, y la ola
que se alzaba furiosa, cayó a los pies del estandarte sin mojarlo,
y quebróse la que venía detrás más lejos, y fué a romper la otra
en el extremo de la calle, y comenzó a retroceder el mar lenta-
mente, poco a poco, mugiendo y bramando siempre, como una
fiera rabiosa aún, pero acobardada, que se retira a su caverna.
Corrió al punto por todo Cádiz el grito de ¡Milagro! y la pobla-
ción entera voló a la capilla de la Palma, a donde llegó también
D. Antonio Azlor en el momento en que entre gritos y vítores
entraban con el estandarte. Tuvo entonces el noble aragonés el
movimiento de gozo más grande que sintió en su vida; y lo único
que se lo turbó al pronto *un poquillo*, contaba él más tarde a su
sobrina, la Villahermosa, fué que no hubiera hecho el prodigio el
estandarte de la Virgen del Pilar en vez de hacerlo el de la Vir-
gen de la Palma.—*Coloma.*

Angelín

Angelín es un niño huérfano de padre y madre. Y por si esta
desgracia fuera pequeña, ha quedado en el mundo bajo la tutela
de dos tíos suyos que tienen corazón de hielo; al colegio le han
mandado, como le hubiesen podido mandar al hospicio; no por
el interés que se toman en su educación, sino únicamente por li-
brarse de cuidados. Y no es que a Angelín le falte lo necesario:

sus tíos son ricos, y con tal de verle lejos, le proveen de todo con la misma facilidad que proveen de gasolina su automóvil; pero al pobre Angelín le falta amor, que es la alegría del alma de los niños. Hoy es el día de Nochebuena. Los diez o doce niños en cuya compañía juega, son los únicos que han quedado en el Colegio sin ir a vacaciones; los demás, todos se han dispersado, cada jilguero a su nido. Aun estos doce que no han podido abandonar la jaula por vivir sus familias algo lejos, quien más, quien menos, todos han recibido de su casa su correspondiente regalo de Navidades. ¡Solamente Angelín no ha recibido aguinaldo, ni una triste ensaimada! A mediodía, al tiempo de los postres, el sirviente ha ido presentando a cada niño el regalo que le mandan de su casa. Ha habido de todo: tartas, anguilas, mazapanes, turrónes. Angelín ha estado siguiendo con mirada anhelante la distribución de aguinaldos; y cuando ya todos, menos él, habían recibido el suyo, le ha dicho al sirviente con angustia: «¿Y para mí no ha venido nada?» «Nada», le dice el sirviente. Y Angelín esconde entre las manos la cabeza y rompe a llorar amargamente.



A las ocho, se acostaron todos para levantarse a media noche, a la misa del gallo. Pero el sueño no logró calmar la tristeza de Angelín. Comenzó la misa, y Angelín volvió a llorar, porque recordaba las últimas Navidades que había pasado con sus queridos padres difuntos.

La Nochebuena del poeta

«En un rincón hermoso
de Andalucía,
hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.»

Hace muchos años — ¡como que yo tenía siete! — que al obscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave Marías al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne: «Pedro, esta noche no te acostarás a la misma hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus



hermanos mayores. Esta noche es *Nochebuena*.» Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aquellas palabras. ¡Yo me acostaría tarde! Dirigí una mirada de desprecio a mis otros hermanos más pequeños que yo, y me puse a discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

Eran ya las ánimas, como se dice en mi pueblo. ¡En mi pueblo; a noventa leguas de Madrid: a mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra Nevada! ¡Aún me parece veros, padres y hermanos! Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar; la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa a presidir la ceremonia de la familia: en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros y, entre nosotros, los criados... Porque en aquella fiesta todos repre-

sentábamos la casa; y a todos debía calentarnos un mismo fuego. Recuerdo, sí, que los criados estaban en pie, y las criadas acurrucadas o de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento. Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego. Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea: ¡por el camino de los duendes! ¡Y el viento silbaba a lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes! Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa; yo los acompañaba, a pesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto. ¿Conocéis la canción de los aguinaldos, la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho Veleta? Pues a esa música se redujo nuestro concierto. Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

«Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad;
saca la bota, María,
que me voy a emborrachar.»

Y todo era bullicio; todo contento: los roscos, los mantecados, el alujú, los dulces hechos por las monjas, el rosolí, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir a misa del gallo a las doce de la noche, a los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre.

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó a mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

«La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va;
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.»

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón. Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida. Fué aquél un rapto de intuición impropio de mi edad; fué un milagroso presentimiento; fué anuncio de los inefables tedios de la poesía; fué mi primera

inspiración. Ello es que vi con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas generaciones que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entra ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después! ..

«La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...»

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

«¡Y nosotros nos iremos
y no volveremos más!»

¡Concepto horrible; sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir! Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Nochesbuenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre, los amores de mis abuelos, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que los asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Nochebuena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores a mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también a mis ojos mil *Nochesbuenas* más, que vendrían periódicamente robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes; mis hermanos, que se esparcirían por la tierra: nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX substituído por el siglo XX; aquellas brasas hechas cenizas; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos

vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño, y se me mandó acostar. Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena a que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), o por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida... Al cabo debí dormirme, pues no recuerdo si quedaron o no en conversación, ni la misa del Gallo, ni la de los Pastores, ni el sorbete proyectado. —
A'arcón.

El sabor de la tierra

«¡Si parece mentira lo que se ve desde lejos, mirando hacia la tierra con los ojos del corazón! Si es en abril y mayo, jurara que veo a mis convecinos arando en la vega, o moliendo los terrones con los cuños del rastro, o cubriendo los surcos después de la siembra; si es en junio, cuando ya verdeguea el maíz sobre el fondo negro de la heredad, que oigo los cantares de las salladoras, y que las veo en largas filas, con el sombrero de paja, la saya de color y en mangas de camisa. ¡Pues dígame en agosto! Los maíces con pendones ya; y entre maizal y maizal, los segadores tendiendo la hierba del prado, y las obreras deshaciendo el montón con el mango de la rastrilla, o atropando con ella la hierba oreada, y amontonándola en hacinas..., y luego entrar el carro con sus horcas y dobles teleras; y horconada va y horconada viene; la moza de arriba, acalda que te acalda; y otras, desde abajo, peina que te peina la carga con la rastrilla; y la carga,

sube que sube y crece que crece, hasta que debajo de ella no se ven el carro ni los bueyes. Y eche usted las tres cordadas, y arrímese al testuz de las bestias, ahijada en mano; y lléveme a pulso aquella balumba por cuestras y callejones sin entornarla; y pásemela usted con aquellá porfía entre el que descarga la hierba y el hormiguero de gente que la toma a la ventana del pajar y la lleva hacia dentro y la acalda, sin que pelo quede de una horconada a la ventana cuando otra nueva viene del carro; porque ignominia fuera para los que empayan, no dar abasto al descargador. Pues, que avanza octubre y se cosecha el maíz; y déme usted las deshojas, y tómate la siega del retoño; y el derrotar las mieses... ¡Como si lo tuviera delante, D. Baldomero; lo mismo que si lo tocara con las manos, veo yo todo esto, y mucho más en cuanto me alejo de aquí! Lo veo, lo palpo... y lo huelo; porque no me negará usted que, en punto a olores, estos del campo de Cumbrales, parece que vienen de la gloria».

«¡Echa, hijo, echa, que ya te vas enmendando! Túvete antes por poeta, y ahora me pareces loco, si es que ambas cosas no andan siempre en una pieza.» «¡Poeta y loco por lo que le cuento a usted!» «¿Y qué es lo que me cuentas ¡oh Pablo amigo! sino lo que se lee en coplas de gentes desocupadas y soñadoras?» «Será que no me he explicado yo bien. ¡Si uno supiera decir todo lo que siente y del modo que lo siente!» «¡Para el demonio que te escuchara entonces! Desengáñate, Pablo; por muchas vueltas que des a esas pinturas, no pasan de hojarasca, y en sustancia, haraganería pura.» «¡Cáspita! eso sí que no..., digo, paréceme a mí. Andaría usted cerca de la verdad, si todas esas cosas me entusiasmaran a ratos, o en los libros, o vistas desde mi casa, muy arrellanado en el sillón; pero usted sabe muy bien que no hay faena de labranza ni entretenimiento honrado aquí, en que yo no tome parte como lo pueda remediar, y que tengo cinco dedos en cada mano como el labrador más guapo de Cumbrales; y ha de saber desde ahora, si antes no lo ha presumido, que quisiera perder el poco respeto que tengo a la levita de la casta, para hacer muchas cosas que hoy no hago por el qué dirán las gentes. Si esto es afán de holganza, holgazán soy sin propósito de enmienda; pero sea de ello lo que fuere, esto es lo que me gusta, y para ello me creo nacido; con lo cual vuelvo al tema de

antes: que no me estorban los sabios. Ni ellos sirven para la vida del campo, ni yo para la del estudio, porque Dios no ha querido que todos sirvamos para todo. Cada cual a su oficio, pues no le hay que, siendo honrado, no sea útil; y útiles y honrados podemos ser, ellos en el mundo con la pluma y la palabra, y yo en Cumbrales con mis tierras y ganados..., y en Cumbrales me quedo, porque mi padre, que nunca quiso hacerme sabio a la fuerza, piensa como yo, tiene amor a sus haciendas, y no le pesa que otro se encargue de administrarlas bien cuando él no pueda atenderlas... Y aquí tiene usted todo lo que hay acerca del particular.»

Calló el joven, dicho esto; y cuando ya no había al alcance de su mano derecha flores ni hierbas que arrancar, cambió de postura en el asiento; recorrió vega y horizontes con la vista y comenzó a golpear con las rodillas, estiradas las manos y el sombrero que metió entre ellas. No había hablado para porfiar ni para convencer, sino para decir lo que sentía, y le tenía sin cuidado lo que pudiera replicarle don Baldomero. El cual, después de rascarse la cabeza por debajo del sombrero, que quedó ladeado, lanzó de un soplido la colilla que saboreaba rato hacía entre sus labios, tendióse sobre la nuca después de envolverla entre sus manos entrelazadas, y exclamó: «¡Música celestial!» Pablo se encogió de hombros, continuó devorando con los ojos cielo, montes y llanuras... — *Pereda.*

Maese Pedro

«Vamos, vecina, vamos a la iglesia, antes que se ponga de bote en bote..., que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... ¡Buena ganga tienen las monjas con su organista!... ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?... De las otras comunidades puedo decir que le han hecho a maese Pedro proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle a la catedral...; pero

él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis a maese Pedro? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual no otro... Sin más parientes que su hija, ni más amigo que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una y componer los registros del otro... ¡Cuidado que el órgano es viejo!... Pues nada, él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que es una maravilla... Como que le conoce de tal modo que a tientas...; porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: «Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas.» «¿Esperanzas de ver?» «Sí, y muy pronto, añade sonriéndose como un ángel; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, muy pronto veré a Dios...»

¡Pobrecito! Y sí, lo verá..., porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar por todo el mundo... Siempre dice que él no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano para darle a los fuelles. Luego, el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo. ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecía que se las llevaran a la calle de Chicarrerros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre; pero en semejante noche como ésta, es un prodigio... El tiene una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo; y cuando levantan la Sagrada Forma, al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo..., las voces de su órgano son voces de ángeles... En fin, ¿para qué tengo de ponderarle lo que esta noche oirá? Baste el ver cómo todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, vienen a un humilde convento para escucharle; y no se crea que sólo la gente sabida y a la que se alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas, entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las

sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano...; y cuando alzan, no se siente una mosca...: de todos los ojos caen lagrimones tamaños; y al concluir, se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos; ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la misa; vamos adentro... Para todo el mundo es esta Nochebuena; pero para nadie mejor que para nosotros.»

Esto diciendo, la buena mujer, que había servido de *cicerone*, atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

* * *

La iglesia estaba iluminada con profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar los ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes, y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color, galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes; en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices; la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una exclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y de los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor, bajo un solio de grana, que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo. Era la hora de que comenzase la misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos, sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí palabras a media voz, y el arzobispo mandó a la sacristía uno de sus familiares a inquirir el por qué no comenzaba la ceremonia. «Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la misa de media noche.» Esta fué la respuesta del familiar. La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto que causó en todo el mundo sería cosa imposible; baste decir que comenzó a notarse tal bullicio en el templo, que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundiéndose entre las apiñadas olas de la multitud. En aquel momento, un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo, por añadidura, se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado: «Maese Pérez está enfermo, dijo; la ceremonia no puede empezar. Si queréis, yo tocaré el órgano; que ni maese Pérez es el primer organista del mundo, ni a su muerte dejará de usarse este instrumento por falta de inteligente...»

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles que conocían a aquel personaje extraño por un organista, envidioso enemigo del de Santa Inés, comenzaba a prorrumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de pronto se oyó en el atrio un ruido espantoso. «¡Maese Pérez está aquí!... ¡Maese Pérez está aquí!...» A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara. Maese Pérez, pálido, desencajado, entraba, en efecto, en la iglesia, conducido en un sillón que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros. Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerlo en el lecho. «No, había dicho; ésta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano; y esta noche, sobre todo, la Nochebuena. Vamos; lo quiero, lo mando; vamos a la iglesia.» Sus deseos se habían cumplido; los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna, y comenzó la Misa. En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral. Pasó el introito y el Evangelio y el ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla. Una nube de in-

cienso que se desenvolvía en ondas azuladas, llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano. Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía. Era la voz de los ángeles, que atravesando los espacios llegaba al mundo. Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, que al confundirse formaban uno sólo, que no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un jirón de niebla sobre las olas del mar. Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana, y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció la Hostia a los ojos de los fieles. En aquel instante, la nota que maese Pérez sostenía trinando, se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido, y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde, se desarrolló un tema; y unos cerca y otros lejos, éstos brillantes y aquéllos sordos, diríase que las agujas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador. La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento. El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquél que levantaba en ellas, Aquél a quien saludaban hombres y arcángeles, era su Dios, y le parecía haber visto los cielos y transfigurarse la Hostia. El órgano proseguía

sonando; pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se pierde de eco en eco, y se aleja, y se debilita al alejarse; cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo; un grito de mujer. El órgano exhaló un sonido discordante y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo. La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

«¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?», se decían unos a otros; y nadie sabía responder, y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión, y el alboroto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia. «¿Qué ha sido eso?», preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministriles, fué uno de los primeros en subir a la tribuna, y que, pálido, con muestras de profundo pesar, se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden. «¿Qué hay?» «Que maese Pérez acaba de morir.» En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron a la tribuna, vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su pobre instrumento, que aún vibraban sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.

* * *

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de maese Pérez hablaban en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquilón llamaba a voz herida a los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el atrio, silencioso y desierto esta vez, y después de tomar el agua bendita en la puerta, escogía un puesto en el rincón de las naves, donde unos cuantos vecinos del barrio esperaban tranquilamente que comenzara la Misa del Gallo. «Ya lo veis, decía la superiora; vuestro temor es sobremanera pueril: nadie hay en el templo. Todo Sevilla acude en tropel a la catedral esta noche. Tocad vos el órgano, y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad...; pero... proseguís callando, sin que cesen vuestros suspiros. ¿Qué os

pasa? ¿Qué tenéis?» «Tengo... miedo», exclamó la joven profundamente conmovida. «Miedo, ¿de qué?» «No sé...; de una cosa sobrenatural... Anoche, mirad, yo os había oído decir que teníais empeño en que tocase el órgano en la Misa; y ufana con esta distinción, pensé arreglar sus registros y templarle, a fin de que hoy os sorprendiese... Vine al coro... sola...; abrí la puerta que conduce a la tribuna... En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora..., no sé cuál. Pero las campanadas eran tris-tísimas, y muchas..., muchas... estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el dintel, y aquel tiempo me pareció un siglo.

»La iglesia estaba desierta y obscura... Allá lejos, en el fondo, brillaba, como una estrella perdida en el cielo, una luz moribunda..., la luz de la lámpara que arde en el altar mayor... A sus reflejos debilísimos, que sólo contribuían a hacer más visible todo el profundo horror de las sombras, vi..., le vi, madre, no lo dudéis; vi un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hacia el sitio en que yo estaba, recorría con una mano las teclas del órgano, mientras con la otra tocaba a sus registros...; y el órgano sonaba, pero sonaba de una manera indescriptible. Cada una de sus notas parecía un sollozo ahogado dentro del tubo de metal, que vibraba con el aire comprimido en su hueco, y reproducía el tono sordo, casi imperceptible, pero justo. Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora, y el hombre aquél proseguía recorriendo las teclas. Yo oía hasta su respiración. El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo un frío glacial, y en mis sienes fuego... Entonces quise gritar, pero no pude. El hombre aquél había vuelto la cara y me había mirado...; digo mal, no me había mirado, porque era ciego... ¡Era mi padre!» «¡Bah! Hermana, desechad esas fantasías con que el enemigo malo procura turbar las imaginaciones débiles... Rezad un *Pater Noster* y un *Ave María* al arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado de la reliquia de San Pacomio, abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad a ocupar la tribuna del órgano; la Misa va a comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles... Vuestro padre está en el cielo; y desde allí, antes que a daros sustos, bajará a inspirar

a su hija en esta ceremonia solemne para el objeto de tan especial devoción.»

La priora fué a ocupar su sillón en el coro en medio de la comunidad. La hija de maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la Misa. Comenzó la Misa, y prosiguió sin que ocurriese nada de notable hasta que llegó la consagración. En aquel momento sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano un grito de la hija de maese Pérez... La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron a la tribuna. «¡Miradle, miradle!», decía la joven fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se había levantado asombrada para agarrarse con sus manos convulsas al barandal de la tribuna. Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba solo, y no obstante, el órgano seguía sonando..., sonando como sólo los arcángeles podrían imitarle en sus ratos de místico alborozo. — *Bécquer*.

Ratón Pérez⁽¹⁾

(CUENTO INFANTIL)

Sembrad en los niños la idea, aunque no la entiendan; los años se encargarán de descifrarla en su entendimiento y hacerla florecer en su corazón.

Entre la muerte del rey que rabió y el advenimiento al trono de la reina Mari-Castaña, existe un largo y obscuro período en las crónicas, de que quedan pocas memorias. Consta, sin embargo, que floreció en aquella época un rey, Buby I, grande amigo de los niños pobres, y protector decidido de los ratones. Fundó una fábrica de muñecos y caballos de cartón para los primeros; y sábese de cierto que de esta fábrica procedían los tres caba-

(1) Este cuento se escribió para S. M. el Rey Alfonso XIII, cuando contaba ocho años.

litos cuatralbos, que regaló el rey D. Bermudo el Diácono a los niños de Hissén I, después de la batalla de Bureva. Consta también que el rey Buby prohibió severamente el uso de ratoneras, y dictó muy discretas leyes para encerrar en los límites de la defensa propia, los instintos cazadores de los gatos: lo cual resulta probado por los graves disturbios que hubo entre la reina doña Goto o Gotona, viuda de D. Sancho Ordóñez, rey de Galicia, y la Merindad de Ribas de Sil, a causa de haberse querido aplicar en ésta las leyes del rey Buby, al gato del monasterio de Pombeyro, donde aquella reina vivía retirada.

El caso fué grave y sus memorias muy duraderas, por más que unos autores digan que el gato en cuestión se llamaba Russaf Mateo, y otros le llamen simplemente Minini. De todos modos, el hecho resulta probado, aunque nada de ello diga Vaseo, ni tampoco lo mencione el Cronicón Iriense; y el bueno de D. Lucas de Tuy haga como que se olvida del caso, quizá, quizá, por razones de conveniencia. Consta también que el rey Buby comenzó a reinar a los seis



años, bajo la tutela de su madre, señora muy prudente y cristiana, que guiaba sus pasos y velaba a su lado, como hace con todos los niños buenos el ángel de su guarda. Era entonces el rey Buby un verdadero encanto, y cuando en los días de gala le ponían su corona de oro y su real manto bordado, no era el oro de su corona más brillante que el de sus cabellos, ni más suaves los armiños de su manto que la piel de sus mejillas y manos. Parecía un muñequito de Sèvres, que en vez de colocarlo sobre la chimenea, lo hubieran puesto sobre un trono.

Pues sucedió un día, que comiendo el rey unas sopitas, se le comenzó a menear un diente. Alarmóse la corte entera, y llegaron, uno en pos de otro, los médicos de cámara. El caso era grave, pues todo indicaba que había llegado para S. M. la hora de mudar los dientes. Reunióse en consulta toda la Facultad; telegrafióse a Charcot, por si venía complicación nerviosa, y decretóse al cabo sacar a S. M. el diente. Los médicos quisieron cloroformizarle, y el presidente del Consejo sostuvo porfiadamente esta opinión, por ser él tan impresionable, que nunca dejaba de hacerlo, cada vez que se cortaba el pelo. Pero el rey Buby era animoso y valiente, y empeñóse en arrostrar el peligro cara a cara. Quiso, sin embargo, confesarse antes, porque faena hecha no ocupa lugar, y, después de todo, lo mismo puede escaparse el alma por la herida de una lanza, que por la mella de un diente.

Atáronle, pues, al suyo una hebra de seda encarnada, y el médico más anciano comenzó a tirar con tanto pulso y acierto, que a la mitad del empuje hizo el rey un pucherito, y saltó el diente tan blanco, tan limpio y tan precioso, como una perlita sin engaste. Recogióle en un azafate de oro el gentilhombre de guardia, y fué a presentarlo a S. M. la Reina. Convocó ésta al punto el Consejo de ministros, y dividiéronse las opiniones. Querían unos engarzar en oro el dientecito y guardarlo en el tesoro de la Corona; y proponían otros colocarlo en el centro de una rica joya, y regalarlo a la imagen de la Virgen, patrona del reino. Pareceres ambos en que descubrían aquellos ministros cortesanos más bien el deseo de halagar a la madre, que el de servir a la reina. Mas esta señora, que, como mujer lista, no fiaba de aduladores, y era muy prudente y amiga de la tradición, resolvió que el rey Buby escribiese a Ratón Pérez una atenta carta, y pusiese aquella misma noche el diente debajo de su almohada, como ha sido y es uso común y constante de todos los niños, desde que el mundo es mundo, sin que haya memoria de que nunca dejase Ratón Pérez de venir a recoger el diente, y a dejar en cambio un espléndido regalo.

Así lo hizo ya el justo Abel en su tiempo; y hasta el grandísimo pícaro de Caín puso su primer diente, amarillo y apestoso como uno de ajo, escondido entre la piel de perro negro que le

servía de cabecera. De Adán y Eva no se sabe nada; lo cual a nadie extraña, porque como nacieron grandecitos, claro está que no mudaron los dientes.

Apuradillo se vió el rey Buby para escribir la carta; pero consiguiólo al cabo, y no sin grande suerte, pues tan sólo llegó a mancharse de tinta los cinco dedos de cada mano, la punta de la nariz, la oreja izquierda, un poco del borceguí derecho y todo el babero de encajes, desde arriba hasta abajo. Acostóse aquella noche más temprano que de costumbre, y mandó que dejasen encendidos en la alcoba todos los candelabros y arañas. Puso con mucho primor debajo de la almohada la carta con el diente dentro, y sentóse encima dispuesto a esperar a Ratón Pérez, aunque fuese necesario esperar hasta el alba. Ratón Pérez tardaba, y el reyecito se entretuvo en pensar el discurso que había de pronunciarle. A poco abría mucho los ojitos, luchando contra el sueño que se los cerraba; cerróselos al fin del todo, y el cuerpecillo resbaló buscando el calor de las mantas; y la cabecita quedó sobre la almohada, escondida tras un brazo, como esconden la suya los pajaritos debajo del ala.

De pronto, sintió una cosa suave que le rozaba la frente. Incorporóse de un brinco, sobresaltado, y vió delante de sí, de pie sobre la almohada, un ratón muy pequeño, con sombrero de paja, lentes de oro, zapatos de lienzo crudo y una cartera roja terciada a la espalda. Miróle el rey Buby muy espantado; y Ratón Pérez, al verle despierto, quitóse el sombrero hasta los pies, inclinó la cabeza, según el ceremonial de corte, y en esta actitud reverente, esperó a que S. M. hablase. Pero S. M. no dijo nada, porque el discurso se le olvidó de pronto; y después de pensarlo mucho, tan sólo acertó a decir, algún tanto azorado: «Buenas noches.» A lo cual respondió Ratón Pérez profundamente conmovido: «Dios se las dé a V. M. muy buenas.» Y con estas corteses razones quedaron Buby y Ratón Pérez los mejores amigos del mundo. Conocíase a la legua que era éste un ratón muy de mundo, acostumbrado a pisar alfombras y al trato social de personas distinguidas. Su conversación era variada e instructiva, y su erudición pasmosa. Había viajado por todas las cañerías y sótanos de la corte, y anidado en todos los archivos y bibliotecas; sólo en la Real Academia Española se comió en menos de una semana tres

manuscritos inéditos que había depositado allí cierto académico ilustre.

Habló también de su familia, que no era muy numerosa: dos hijas, ya casaderas, Adelaida y Elvira; y un hijo adolescente, Adolfo, que seguía la carrera diplomática, en el cajón mismo en que el ministro de Estado guardaba sus notas secretas. De su mujer habló poco, y como de paso, por lo cual sospechó el reyecito que habría allí alguna *messa allianza*, o quizá disensiones matrimoniales. Oíale todo esto el rey Buby embobado, extendiendo de cuándo en cuándo maquinalmente la manita, para cogerle por el rabo. Mas Ratón Pérez, con una oscilación rápida y ceremoniosa, ponía el rabo de la otra parte, burlando así el intento del niño, sin faltar en nada al respeto debido al monarca. Era ya tarde; y como el rey Buby no pensaba en despedirle, Ratón Pérez insinuó hábilmente, sin faltar a la etiqueta, que le era forzoso acudir aquella misma noche a la calle de Jacometrezo, número 64, para recoger el diente de otro niño muy pobre, que se llamaba Gilito. Era el camino áspero y hasta cierto punto peligroso, porque había en la vecindad un gato muy mal intencionado, que llamaban D. Gaiferos. Antojósele al rey Buby acompañarle en aquella expedición, y así se lo pidió a Ratón Pérez con el mayor ahinco. Quedóse éste pensativo, atusándose el bigote; la responsabilidad era muy grande; y érale forzoso, además, detenerse en su propia casa, para recoger el regalo que había de llevar a Gilito en cambio de su diente. A esto respondió el rey Buby, que él se tendría por muy honrado, con descansar un momento en casa tan respetable.

La vanidad venció a Ratón Pérez, y apresuróse a ofrecer al rey Buby una taza de té, a trueque de conquistar el derecho de poner cadenas en la puerta de su casa, como se hacía en aquellos tiempos en todas las que conseguían el honor de hospedar a un monarca. Vivía Ratón Pérez en la calle del Arenal, núm. 8, en los sótanos de Carlos Prats (1), frente por frente de una gran pila de quesos de Gruyère, que ofrecían a la familia de Pérez próxima y abastada despensa. Fuera de sí de contento, tiróse el rey Buby de la cama, y comenzó a ponerse su blusita. Mas Ra-

(1) Famosa tienda de ultramarinos existente en Madrid, en el lugar citado.

tón Pérez saltó de repente sobre su hombro, y le metió por la nariz la punta del rabo; estornudó estrepitosamente el reyecito, y por un prodigio maravilloso, que nadie hasta el día de hoy ha podido explicarse, quedó convertido, por el mismo esfuerzo del estornudo, en el ratón más lindo y primoroso que imaginaciones de hadas pudieran soñar. Era todo él brillante como el oro y suave como la seda, y tenía los ojitos verdes y relucientes como dos esmeraldas *cabochón*. Tomóle de la mano Ratón Pérez, sin usar ya tantas ceremonias, y entróse con él, disparado como una bala, por un agujero que debajo de la cama y oculto por una alfombra había. Era su carrera desatinada; obscuro el camino, húmedo y hasta pegajoso; y cruzábanse a cada paso con bandadas de diminutas alimañas, que a tientas los pinchaban y mordían.

A veces, deteníase Ratón Pérez en alguna encrucijada, y exploraba el terreno antes de seguir adelante; todo lo cual puso al rey Buby un poco nervioso y de mal humor, porque llegó a sentir desde el hociquito hasta la punta del rabo, ciertos ligeros escalofríos, que le parecieron señales de miedo. Acordóse, sin embargo, de que

El miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer es ser valiente;

y se venció y fué valiente por razón, que es en lo que el verdadero valor consiste. Tan sólo una vez, al sentir un estrépito espantoso sobre su cabeza, que no parecía sino que pasaban por encima diez docenas de Ripers-Oliva (1), preguntó muy bajito a Ratón Pérez si era allí donde vivía D. Gaiferos. Contestóle Ratón Pérez haciendo con el rabo un ademán negativo, y siguieron adelante. A poco entraron en una suave explanada, que venía a desembocar en un sótano ancho y muy bien embaldosado, donde se respiraba una atmósfera tibia, perfumada de queso. Doblaron una enorme pila de éstos, y encontráronse frente a frente de una gran caja de galletas de Huntley. Allí era donde vivía la familia de Ratón Pérez, tan a sus anchas y con tanta

(1) Especie de *ómnibus* que circulaban por las calles de Madrid antes de los tranvías.

holgura, como pudo vivir la rata legendaria de la fábula en el queso de Holanda.

Ratón Pérez presentó el rey Buby a su familia como un *touriste* extranjero, que visitaba la corte; y las ratonas le acogieron con esa elegante *aisance* de las damas acostumbradas a mucho trato. Las señoritas hacían labor con su aya Miss Old-Cheese, ratona inglesa muy ilustrada; y la señora de Pérez bordaba para su marido un precioso gorro griego, al calor de una chimenea en que ardía alegre fuego de rabillos de pasas. Agradó mucho al rey Buby aquel plácido interior de familia burguesa, que revelaba en todos sus detalles esa *aurea mediocritas* (dorada medianía) de que habla el poeta, como del estado más apto para hallar paz y felicidad en esta vida. Sirvieron el té Adelaida y Elvira en primorosas tazas de cáscaras de alubias, y luego *se hizo* un poco de música. Adelaida cantó al arpa el aria de Desdémona, con un gusto y afinación que encantaron al rey Buby. No era Adelaida bonita, pero tenía modales muy distinguidos, y hacía oscilar su rabo con cierta melancólica coquetería, que revelaba, sin duda, alguna pena secreta. Elvira, por el contrario, era vivaracha y hasta un poco ordinaria; pero la energía de su alma le rebosaba por los ojos; y el rey Buby creyó ver delante de sí una espartana repitiendo el eco de las Termópilas, cuando cantó al piano con trágica entonación y enérgicos rencores de raza:

En el hospital del Rey
hay un ratón con tercianas,
y una gatita morisca
le está encomendando el alma.

Entró en esto Adolfo, que venía del Jockey-Club, donde, con harto sentimiento de sus padres, perdía tiempo y dinero jugando al Pocker con los ratones agregados a la Embajada alemana. El roce continuo con estos diplomáticos le había engreído y extranjerizado, y no tenía otros tópicos de conversación que el Polo y el Lawn-Tennis. Con gusto hubiera prolongado el rey Buby la velada; pero Ratón Pérez, que se había ausentado un momento, volvió con su cartera terciada a la espalda, y al parecer bien repleta, y le manifestó respetuosamente que ya era hora de partir.

Hizo, pues, el rey Buby, con mucha gracia, sus corteses ofrecimientos de despedida, y la Ratona Pérez, en un arranque de cordialidad un poco burguesa, plantóle en cada mejilla un sonoro beso. Adelaida le tendió una pata con cierto aire sentimental que parecía decir: «¡Hasta el cielo!» Elvira le dió un apretón de manos a la inglesa, y Miss Old-Cheese le hizo una ceremoniosa cortesía a lo reina Ana Stuart, y le enfiló su *lorgnon* de concha hasta que le perdió de vista. Adolfo estuvo también muy expresivo; acompañóles hasta la entrada de la cañería, y allí reiteró a Buby su ofrecimiento de presentarlo en el Polo-Club, y le recomendó por tercera vez el uso de las raquetas J. Tate, del número 12, o a lo más del 12 $\frac{1}{2}$. Las del 13 resultaban ya, para manos ratoniles, algo pesadas. Agradecióselo mucho el reyecito, y se despidió pensando que Adolfo podría ser en verdad muy elegante, pero que sin duda tenía los sesos de picatoste.

Comenzaron de nuevo su desatinada carrera Buby y Ratón Pérez, con un lujo de precauciones, que sobresaltaron al reyecito. Caminaba delante un grueso pelotón de fornidos ratones, gente toda de guerra, cuyas aceradas bayonetas de finas agujas relumbraban a veces en la obscuridad. Detrás venía otro pelotón no menos numeroso, armados también hasta los dientes. Confesó entonces Ratón Pérez que no se había determinado a emprender aquella expedición, sin garantizar suficientemente con aquella aguerrida escolta de Cazadores ligeros la persona del joven monarca, que con tanta nobleza se le confiaba. De repente vió el rey Buby que desaparecía la vanguardia entera por un estrecho agujero, que dejaba escapar reflejos de tenue luz. Había llegado el momento del peligro; y Ratón Pérez, despacito, haciendo vibrar suavemente la punta del rabo, asomó poquito a poco el hocico por aquel temeroso boquete; observó un segundo, retrocedió dos pasos, tornó a avanzar lentamente, y de improviso, agarrando al rey Buby por la mano, lanzóse con la rapidez de una flecha por el agujero, atravesó una extensa cocina, y desapareció por otro agujero que frente por frente había detrás de un fogón. Con la rapidez con que se ven en el día de hoy desfilan los palos del telégrafo por las ventanillas de un tren, así vió pasar el rey Buby ante sus ojos, en su veloz carrera, el pavoroso cuadro de aquella cocina... Al calorcito de la lumbre, oculta bajo el rescoldo, dor-

mía el temido D. Gaiferos, gatazo enorme, cartujano, cuyos erizados bigotes subían y bajaban al compás de su pausada respiración... La guardia ratonil, inmóvil, silenciosa, preparada, mordiendo ya casi el cartucho, protegía el paso del rey Buby, formando desde el dormido D. Gaiferos hasta los dos agujeros de entrada y de salida, el formidable triángulo romano de la batalla de Ecnoma. . Era aquello imponente y aterrador... Una vieja feísima dormía en una silla, con la calceta a medio hacer caída sobre las faldas. Cesó el peligro una vez franqueado el agujero de salida, y faltaba ya tan sólo subir a la última buhardilla de aquella misma casa, que era donde Gilito vivía. Todo era entrada en aquella miserable habitación abierta a todos los vientos; y los ratones la invadieron por rendijas, grietas y agujeros, como se invade una ciudad ya desmantelada. Encaramóse el rey Buby en el palo de una silla sin asiento, única que había, y desde allí pudo abarcar todo aquel horrible cuadro de miseria, que nunca hubiera podido ni aun siquiera imaginar. Era aquello un cuchitril infecto, en que el techo y el suelo se unían por un lado, y no se separaban lo bastante por el otro, para dejar cabida a la estatura de un hombre. Entraba por las innumerables rendijas el viento helado del alba, que ya clareaba, y veíanse por debajo de la tejavana del techo, grandes cuajarones de hielo. No había allí más muebles que la silla que servía de observatorio al rey Buby, un cesto de pan vacío, colgado del techo a la altura de la mano; y en el rincón menos expuesto a la intemperie, una cama de pajas y de trapos, en que dormían abrazados Gilito y su madre. Acercóse Ratón Pérez, llevando al rey Buby de la mano; y al ver éste de cerca al pobre Gilito, asomando las yertas manecitas por los trapos miserables que le cubrían, y pegada la preciosa carita al seno de su madre, para buscar allí un poco de calor, angustiósele el corazón de pena y de asombro, y rompió a llorar amargamente.

¡Pero si él nunca había visto eso!... ¿Cómo era posible que no hubiese él sabido hasta entonces, que había niños pobres que tenían hambre y frío, y se morían de miseria y de tristeza en un horrible camaranchón?... ¡Ni mantas quería él ya tener en su cama, mientras hubiese en su reino un solo niño, que no tuviera por lo menos tres calzones de bayeta y un vestidito de bombasí!... Conmovido también Ratón Pérez, se enjugó a hurtadillas una lá-

grima con la pata, y procuró calmar el dolor del rey Buby, enseñándole la brillante monedita de oro, que iba a poner bajo la almohada de Gilito, en cambio de su primer diente. Despertó en esto la madre de Gilito, e incorporóse en el lecho contemplando al niño dormido. Amanecía ya, y érale forzoso levantarse para ganar un mísero jornal, lavando en el río. Cogió a Gilito en sus brazos, y le puso de rodillas, medio dormido, delante de una estampita del Niño Jesús de Praga, que había pegada en la pared, sobre la misma cama. El rey Buby y Ratón Pérez se pusieron de rodillas con el mayor respeto, y hasta los Cazadores ligeros se arrodillaron también, dentro del canasto vacío, en que merodeaban silenciosos.



El niño comenzó a rezar: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...* Hizo el rey Buby un gesto de inmensa sorpresa al oírle, y se quedó mirando a

Ratón Pérez con la boca abierta. Comprendió éste su estupor, y fijó en el reyecito sus penetrantes ojos; mas no dijo una sola palabra, esperando, sin duda, que otro las dijese.

Emprendieron el viaje de vuelta silenciosos y preocupados, y media hora después entraba el rey Buby en su alcoba con Ratón Pérez. Tornó allí éste a meter en la nariz del rey la punta de su rabo; estornudó de nuevo Buby estrepitosamente, y encontróse acostadito en su cama, en los brazos de la reina, que le despertaba, como todos los días, con un cariñoso beso de madre. Creyó, por el pronto, que todo había sido sueño; mas levantó prontamente la almohada, buscando la carta para Ratón Pérez, que había puesto allí la noche antes, y la carta había desaparecido. En su lugar había un precioso estuche, con la insignia del Toisón de oro, toda cuajada de brillantes; regalo magnífico que le hacía el generoso Ratón Pérez, en cambio de su primer diente. Dejólo caer, sin embargo, el reyecito, sobre la rica colcha, sin mirarlo casi, y quedóse largo tiempo pensativo, con el codo apoyado en la almohada. De pronto dijo, con esa expresión seria y meditabunda que toman a veces los niños, cuando reflexionan o sufren: «Mamá... ¿Por qué los niños pobres rezan lo mismo que yo, *Padre nuestro, que estás en los cielos?*...» La reina le respondió: «Porque Dios es padre de ellos, lo mismo que lo es tuyo.» «Entonces, replicó Buby aún más pensativo, seremos hermanos...» «Sí, hijo mío; son tus hermanos.»

Los ojitos de Buby rebosaron entonces admiración profunda; y con la voz empañada por las lágrimas y trémulo el pechito por el temblor de un sollozo, preguntó: «¿Y por qué soy yo rey, y tengo de todo, y ellos son pobres y no tienen de nada!» Apretóle la reina contra su corazón, con amor inmenso, y besándole en la frente, le dijo: «Porque tú eres el *hermano mayor*; que eso es ser rey... ¿Lo entiendes, Buby?... Y Dios te ha dado de todo, para que cuides, en lo posible, de que tus *hermanos menores* no carezcan de nada.» «Yo no sabía eso», dijo Buby meneando con pena la cabecita. Y sin acordarse más del Toisón de oro, púsose a rezar, como todos los días, sus oraciones de la mañana. Y a medida que rezaba, parecíale que todos los Gilitos pobres y desvalidos del reino se agrupaban en torno suyo, alzando también a Dios sus manitas, y que él decía, llevando, como hermano mayor, la

voz de todos: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...* Y cuando el rey Buby fué ya un hombre y un gran guerrero, y tuvo que pedir a Dios auxilio en los trabajos, y darle gracias en las alegrías, siempre dijo, llevando la voz de todos sus súbditos, pobres y ricos, buenos y malos: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...* Y cuando murió el rey Buby, ya muy ancianito, y llegó su buena alma a las puertas del cielo, allí se arrodilló, y dijo como siempre: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos! ..* Y en cuanto esto dijo, le abrieron las puertas de par en par miles y miles de pobres Gilitos, de los que había sido rey, es decir, *hermano mayor*, acá en la tierra. — *Luis Coloma.*

Un sueño

Yendo y viniendo los días, llegó uno, o dicho con mayor exactitud, una noche, en que tuvo cierta visión extraña un monarca de Oriente. Aunque fatigado el cuerpo y molidos los huesos de corretear por montes y llanos, y aunque había cenado bien y reposaba en blando lecho de plumas, todo se le volvía cambiar de postura, estirarse, encogerse, echarse de un lado y otro, y nada... no conseguía dormirse. Oía el tic-tac monótono del reloj de sobremesa; oía el alerta de los soldados que vigilaban su palacio, y el rumor temeroso del viento azotando los muros y torreones del inmenso edificio, y la respiración tranquila, acompasada y suave de su esposa. Después de larga vigilia, y cuando ya clareaban las primeras luces del alba, cayó el rey en una especie de profundo letargo, quedando sin mover pie ni mano, como un difunto, mientras que desligado su espíritu del tosco barro en que vegetaba cautivo, lanzábase no sé a qué vagas regiones a que jamás alcanzan despiertos nuestros mortales ojos.

Para más claridad y menos conversación, digo que el rey tuvo un sueño, y se halló en un campo donde no había estado nunca, y vió delante de sí brotar de entre una niebla parduzca y espesa, tres animalejos, que al principio le parecieron tres gazapillos o

ratas, y después tres gatos, y luego tres carneros, y en seguida tres burros, hasta que finalmente llegaron a su mayor crecimiento, y entonces quedaron como bueyes. ¿Y eran bueyes en efecto? No, señor. Atento el rey a tan singular fantasmagoría, vió con asombro que los susodichos bueyes no eran tales bueyes sino en la corpulencia, pues en lo demás eran perros, aunque perros desmesurados y colosales, capaz cualquiera de ellos de tragarse en dos bocados a una persona humana. Poco a poco fué disipándose la delgada niebla que como nube los envolvía, y aparecieron claros y distintos, no menos que si los rayos del sol en pleno día los alumbrasen. Y era el primero de ellos de lustrosa piel y fina estructura, lo que llamamos un perro de buena casta. ¡Cosa extraña! tenía puesto un vendaje por la cabeza y sobre ambos ojos, tan ceñido y espeso, que, temiendo, sin duda, el animal tropezar a cada paso, no osaba moverse, y puesto allí de plantón como una estatua, parecía un perro pintado. Era el segundo un perrazo basto y de ordinaria catadura; llevaba collar dorado, con muchos cascabeles, y tenía una panza y un lomo descomunales; paseaba con gravedad de un lado a otro, y parecía extremadamente satisfecho de su gordura y corpulencia. Se daba cierto aire como cualquier importante palaciego en día de ceremonia.

Para formar idea del tercero, que era mastín, basta imaginarse un gran esportón de huesos, pues ya tendría que estudiar y tirar líneas el mejor carnicero para sacar dos onzas de grasa de aquel armazón extenuado y consunto. El lomo tenía filo, y de trecho en trecho nudos y tolondrones; la barriga, de sumidos ijares, mostraba las costillas de alto relieve, como si se hubiera tragado un barril y se le vieran los aros, y andaba montado al aire como los diamantes, pues las patas eran cuatro palitroques. Pero en el tamaño de la osamenta, en el dibujo de los secos músculos, en la hechura de la cabeza y el vivo fulgor de la mirada, conocíase bien que este pobre can debía ser por naturaleza más grande, más fuerte y más brioso que sus dos compañeros, y que sólo el no comer podía explicar su miserable estado. Roído por el hambre, erizaba sus pelos con furor, lanzaba miradas amenazantes al perro gordo, y le enseñaba dos hileras de dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo. Y cuando fué a embestir casi ra-

bioso, despertó el monarca, ya entrado el día; recordó con puntualidad la escena, y murmuró candorosamente: «Me parece que tengo algo pesado el estómago. ¿Si me habrá hecho daño el pavo trufado que cené anoche? ¡Qué tonterías se sueñan!»

Pero la tontería se repitió una vez, y otra, y otra, hasta siete veces consecutivas en siete noches, siempre igual, como si fuese un mismo drama representado en el propio escenario y por los mismos cómicos. Claro está que el Monarca llegó a tomar por lo serio tan repetida visión; y de tal modo cavilaba en ella, que dejó de ir a caza, y de casquivano y risueño, se hizo meditabundo y sombrío, y no cenaba ya un pavo trufado, ni aun siquiera hubiese podido con dos pajarillos trigueros. Y finalmente, una tarde, hallándose solo en su estancia, de puro embebido en las perrunas visiones sin reparar en ello, ni saber cómo puso las veinte uñas en el suelo, y anduvo a gatas por la alfombra, y aun empezó a ladrar con tono plañidero hasta que su misma voz le hizo volver en sí, todo apesadumbrado y confuso. «¡Carambolitas! ¿Será cosa de ir a convertirme en perro? ¿Estaré loco, o me faltará poco? No; pues esto no ha de quedar así.» Y resolvió consultar a un famoso adivino que de paso para el Japón hallábase en su corte. Seguramente no era un adivino de los de tres al cuarto éste que ahora se presentaba, y a quien llamó con toda urgencia el Rey para lograr la explicación de su sueño. Llegado a la augusta presencia del Monarca, hizo, sin hablar palabra, tres profundas zalemas al estilo oriental, y quedóse inmóvil como una estatua. Admirado el Rey de ver aquella pavorosa estantigua, dijo entre sí: «Ya tengo lo que necesitaba; de seguro, éste, en un dos por tres, me explica mi sueño». Y se lo refirió, sin omitir cosa de substancia. Y el astrólogo dijo:

«Señor, vuestro sueño es claro como la luz del día, y ahora mismo pudiera, en su mayor parte, explicarlo y traducirlo; mas ya lo haré por entero sin ninguna clase de obscuridad e incertidumbre. Y pues V. M. se dignó esperar en vano y por largo tiempo a los sabios de la Academia, no me parece mucho pedir el plazo de una semana, y algún oro para los ensayos de crisoles y retortas, y para componer el gran astrolabio simbólico-oriental con que suelo leer en el eterno libro de las estrellas». Concedió benigno el Monarca el plazo y metal pedido, y al cumplirse la se-

mana, ordenó llamar al prodigioso astrólogo, a quien de ningún modo y en parte ninguna pudo encontrarse jamás. Se conoce que al agarrar los dineros le salieron alas, con que hizo la procesión del niño perdido; o más claro, tomó las de Villadiego, eclipsándose de tal manera, que ni los más poderosos telescopios le alcanzaron. Aburrido ya el Monarca de bregar con tontos y pillos, mandó fijar a la puerta de su palacio un cartelón con cada letra del tamaño de una alpargata, prometiendo recompensar espléndidamente al que le diera satisfactoria explicación de su sueño. El premio era magnífico, y muchos lo codiciaban; pero no siendo adivinos, y temiendo incurrir en el enojo del Soberano, excusaban de presentarse; y así pasaron algunos días y aun semanas, y ya iba el Rey a mandar que descolgasen el cartel y no se hablara más del asunto, cuando los guardias de Palacio llevaron a la regia cámara a un viejo palurdo, de aspecto sagaz aunque tosco; de éstos, en fin, que parece que se caen, y con pies y manos se agarran. Ignoro de donde era natural el viejo; mas en los campos y aldeas de mi patria Andalucía, he conocido a muchos que deben de ser sus similares o descendientes: cualquiera los juzga torpes, y son capaces de partir a lo largo un pelo en el aire.

No querían al principio los guardias dejar entrada franca al viejo; mas viendo su insistencia y la seguridad que manifestaba de resolver el problema, acordáronse de que debajo de una mala capa suele hallarse un buen bebedor, y le llevaron, como dije, ante el propio Rey. Lo mismo que sus guardias y cortesanos, extrañó éste la tosquedad y pobres hábitos del viejecito, y viéndole que no quería o no acertaba a pronunciar palabra delante de tanta gente, mandó que los dejaran solos, y solos quedaron ambos en la ostentosa cámara. Después de contarle el caso, díjole el Monarca: «Hombre, parece cosa increíble que, después de haber consultado yo inútilmente a los individuos de mi Real Academia, que, fuera de su notoria inutilidad, son los sabios más sabios de toda la isla, y a otros muchos doctísimos varones, vengas ahora tú, que eres un rudo campesino, con tus manos lavadas o sin lavar, a resolver en un periquete el obscuro problema de este rarísimo sueño mío, que me trae quitadas las ganas de comer y devanados los sesos de la cabeza. Así, pues, ten cuidado con lo que digas, y no me salgas con una patochada, porque, ¡vive Dios!, que te

mando sumir en un calabozo, y no vuelves a ver la luz del día».

«Señor, no se figure V. M. que he venido desde mi pueblo, que no está cerca, para dispararle un par de coces. Yo no soy letrado, ni sé escribir más que unos palotes tan gordos como los dedos de mi mano; pero cuando hablo, sé muy bien lo que digo. Y si no, vamos al caso. ¿No ha soñado varias noches seguidas V. M. con tres perros, uno fino y con venda en los ojos; otro ordinario y reventando de gordo; y otro más grande, pero flaquísimo y hambriento? Pues éste, Rey mío, es el pueblo, empobrecido y extenuado a fuerza de contribuciones y gabelas y todo género de injusticias y latrocinios; el perro gordo es vuestro primer ministro, y el perro vendado y ciego es V. M., en cuyo nombre se hacen todas las infamias sin que las vea, ni las conozca, ni las remedie, cuando todos, y yo también, que soy un rústico de alpargatas y manta al hombro, las vemos, las conocemos y sabemos de sobra cómo se remedian. Y si V. M. se ha enfadado con oírme, mande echarme un lazo al pescuezo, que ya estoy harto de servir y no comer, y he querido, aunque sea pagando con el pellejo, decir la verdad».

Toda esta rociada la soltó el viejo de una vez, sin ponerse colorado ni amarillo, con la estoica tranquilidad de quien está cansado de vivir y no teme que le aprieten el tragadero. Los ojos negros bajo las blancas cejas, le brillaban como faroles encendidos; la voz era firme y segura, y en su acento y ademanes la misma verdad había puesto su sello. Al pronto el Rey se quedó boquiabierto y estupefacto; mas luego sintió como si alumbrasen con una antorcha las obscuras cavidades de su cerebro; como si su conciencia le dijera: Ya lo sabes; tú eres el ciego; mas ahora ves claro, y sólo puedes hoy cumplir tu deber, o ser un infame. Elige.—*Campillo.*

Los soldados de Angelito

...Traté de poner en sus manos la caja de cartón que minutos antes me entregó D. Antonio. Angelito dudó un punto; pero la curiosidad le hizo abrir apresuradamente la caja. Hundió en ella los ojos, y, mirándome sonriente, con la sonrisa franca en que los niños ponen todo su corazón de ángel, exclamó: «¡Soldados!» Me aproveché de aquellos instantes para contemplarlo a mi sabor. Para su edad estaba muy crecido, muy espigado. Su cabeza, sin ser bella, tenía un no sé qué de nobleza y distinción que agrada-



ba. Caían sobre su espaciosa frente bucles de cabellos rubios; y eran su ojos negros, grandes, desmesuradamente grandes, con párpados finísimos y largas y arqueadas pestañas. Su tez, trigueña y aterciopelada, hacía recordar la del melocotón cuando a madurar comienza; y su boquita, estrella en su cara de cielo, parecía capullo de rosal al cual no habían osado aún llegar los rayos del sol primaveral. En sus mejillas, sendos hoyuelos se dilataban o se contraían conforme el contento o el temor le asaltaba.

Toda su carita, flor en ciernes, lucero velado por celajes, demostraba un temperamento sensible, sí naciente, impetuoso y apasionado. Pero aquellas venas azules que se veían palpar tras su trasparente cutis finísimo; aquellos pómulos salientes; aquellas mejillas deprimidas y aquella frente abultada; aquella desproporción entre su cabeza, la cabeza de su mancebo; y su cuerpecito, el cuerpecito de su infante; aquellos brazos largos, como si se los hubieran estirado; aquellas piernecitas secas y enjutas; aquellas manos lacias; aquellos hombros que acababan en punta, y aquel pecho hundido, llevaban tal tristeza al ánimo de quien los contemplaba, que súbito acudía a la memoria el recuerdo de las flores que se marchitan en capullo, esas tempranas flores de al-

mendro que nacen en los días últimos del invierno helado y no logran ver las mañanas tibias de la rosada primavera.

«Sí, soldados, le dije; soldados para que tú juegues. Mira, mira: los hay de todas las armas, de Infantería, de Caballería...» «¡Cañones, cañones!» gritó poseído del mayor júbilo, revolviendo con sus deditos aquel ejército de plomo, y viendo con sus ojazos negros, abiertos de par en par, que tampoco faltaban en la caja, encantada y encantadora, la nobilísima artillería, con sus mulas, sus carros y sus relucientes cañones, el máspreciado de todos los juguetes. «¡Ya ves cómo te quiero! ¿Somos amigos?» Angelito apartó por un instante sus ojos de los soldados y los fijó en los míos, como dándome a entender con su mirada serena que jamás había sido mi enemigo. Acercó luego su carita a la mía sin que le aterrorizasen los erizados y broncos pelos de mi bigote; y dejó en mis labios un beso tan dulce que, lo juro por estas que son cruces, súpome mejor que la miel en que mi madre empapaba el pan de mis meriendas, allá cuando yo tenía madre y besaba con la pureza de intención con que Angelito me había besado.

De la verdadera penitencia

Quien vió lo que Judas hizo después que vendió a Jesucristo, no dijera que era un verdadero penitente. Porque él confesó su pecado a voces, restituyó la honra en público a quien se la había quitado, volvió a su dueño el dinero mal ganado. ¿Quién, viendo estas demostraciones, no dijera había enteramente satisfecho su pecado? Y con todas estas circunstancias se condenó, porque el corazón estaba de diferente color que las obras exteriores. ¿Qué importa que la boca diga *pequé* si el corazón no dice nada? ¿Que desprecie las riquezas con la len-



gua cuando las guarda el corazón? ¿Qué importa? Llega a las playas de Nínive el profeta Jonás; empieza a sonar su voz por calles y plazas de aquella opulentísima ciudad; pregona la justicia de Dios, que vendrá sobre sus habitantes dentro de cuarenta días; y al instante empiezan todos a llorar y a hacer penitencia de sus pecados. Bien pudieran aguardar a algunos días, pues sabían que tenían cuarenta días de término; no, sino luego hicieron penitencia desde el Rey hasta el más vil esclavo. ¿Viene el auxilio de Dios, suena la voz del Señor, de Jonás, en nuestros corazones? No hay que aguardar segunda voz, no sea que sea la postrera que Dios tenga determinada para castigar nuestros pecados. Estos varones ninivitas tiene Dios guardados para el día del Juicio, y con ellos juzgará a estos embelesados del mundo. La penitencia de San Juan Bautista y la del Santo profeta Jeremías, ambos santificados antes de nacer, se levantarán contra esta mala gente el día de la venganza, pues, teniendo vida inculpable, hacían rigurosa penitencia, sólo por asegurar la gracia de Dios; mira tú lo que debes hacer cuando tienes que pagarle tanta multitud de culpas.

Vanidad de la vida

¿Qué importa, hermano, que seas grande en el mundo, si la muerte te ha de hacer igual con los pequeños? Llega a un osario que está lleno de huesos de difuntos; distingue entre ellos el rico del pobre, el sabio del necio y el chico del grande: todos son huesos, todos calavera, todos guardan una igual figura. La señora que ocupaba las telas y los brocados en sus estrados, cuya cabeza era adornada de diamante, acompaña la calavera de los mendigos. Las cabezas que vestían penachos de plumas en las fiestas y saraos de las cortes, acompañan las calaveras que traían caperuzas en los campos. ¡Oh, justicia de Dios, cómo igualas con la muerte a la desigualdad de la vida! ¿Qué cosa hay tan horrible como el hombre muerto? Fantasma a la ilusión de quien lo conocía, horror a los ojos de quien lo amaba. ¡Oh instante, que mu-

das las cosas! ¡Oh instante, puerta de los siglos! ¡Oh instante en que todo se acierta o todo se acaba! ¡Oh instante en que ninguno dirá: yo te pasaré seguro! Porque ninguno sabe si es hijo de ira o de amor. ¡Oh instante! ¡El que te perdió una vez, no te hallará más, mientras Dios fuere Dios! Para siempre, para siempre, sin término ni fin...

La lengua

Janto era un rico caballero que contaba entre sus esclavos a Esopo, el que después se hizo célebre por las deliciosas fábulas que dejó escritas. Deseando un día Janto convidar a sus amigos a comer, ordenó a Esopo que fuera al mercado y comprase lo mejor que allí hallase. El esclavo, creyendo cumplir al pie de la letra la orden de su señor, no compró más que lengua y la sirvió a los convidados de distintas maneras: frita, asada, con distintas salsas, y hasta endulzada para los postres. Al principio los convidados encontraron la lengua excelente; pero al ver que toda la comida parecía se iba a reducir a lengua sola, empezaron a demostrar su extrañeza. Janto, furioso, llamó al esclavo y le dijo: «¿Qué has hecho, Esopo? ¿Nos vas a servir únicamente lengua aderezada de distintas maneras?» «Señor—contestó Esopo—; me habéis dicho que comprara lo mejor que hubiera; y a mi modo de ver, nada hay como la lengua. La lengua es lo que permite que los hombres se comuniquen sus pensamientos; ella hace posible la vida social; ella es el órgano de la verdad y de la ciencia; por medio de ella, se pueden atraer los hombres a las buenas causas, y con ella podemos cantar alabanzas a los dioses.» «Me has convencido, Esopo; por hoy te lo perdono. Mañana, pues, volverán estos amigos a comer conmigo, y compras lo peor que encuentres en el mercado; a ver si así nos sirves una comida más variada.»

Al día siguiente Esopo sirvió los mismos platos que el día anterior, preparados de la misma manera. Los convidados manifestaron violentamente su disgusto; y Janto, montado en ira,

hizo llamar a grandes voces a su esclavo para que viniese a explicar su extraña conducta. «Señor—dijo Esopo al comparecer ante su amo—; me habéis dicho que trajera hoy lo peor que hallase, y por eso he traído otra vez lengua, porque la lengua es también de lo peor que existe. Si bien es verdad que por medio de ella se comunican los hombres sus pensamientos, éstos son a veces malos y la lengua es entonces la engendradora de disputas, riñas y disgustos sin fin. Ella sirve para propagar la mentira, y todo lo falsea; y si bien sirve para entonar cantos a los dioses, por otra parte se utiliza para lo más terrible que existe, que es blasfemar de ellos.» «Esopo—dijo entonces el amo—, nos has servido una comida extravagante y por ello merecías un castigo. Te perdono, porque en cambio te has mostrado como un profundo filósofo, y no echaremos en saco roto tus ingeniosas enseñanzas.»

El Ángel

Siempre que un niño bueno muere, baja a la tierra un ángel de Dios, toma en sus brazos el pequeño cadáver, extiende sus grandes y blancas alas, y cogiendo todas las flores que puede reunir, en una de sus manos, las lleva al Señor para que allí florezcan más hermosas que en el suelo. Dios bondadoso las estrecha todas contra su seno y da a la predilecta un ósculo; a este divino contacto adquiere voz, y puede desde entonces entonar también su cántico de alabanzas al Omnipotente.

Todo esto contó un ángel mientras llevaba al cielo, en sus brazos, a un niño muerto, y éste le veía como en sueños. Volaron sobre su pueblo natal, pasando por los sitios en que el niño solía jugar, y atravesando jardines poblados de admirables flores. «Bien. ¿Cuáles entre tantas llevamos para plantarlas en el cielo?—preguntó el ángel.» Veíase allí un alto y copudo rosal: una mano impía lo había tronchado, y de las ramas rotas colgaban innumerables capullos medio abiertos que se habían

secado. «¡Pobre rosall! —dijo el niño—. Cógelo, para que allí arriba reverdezca y brote.»

Hízolo así el ángel, besando al niño, que entreabrió sus ojos. Cogieron algunas de las ricas y lozanas flores, tomando también la despreciada salvia y la trinitaria silvestre. «Ya tenemos flores», dijo el niño. Inclino el ángel la cabeza en señal de asentimiento, pero todavía no se elevaron hasta Dios. Era de noche y reinaba una profunda calma. Permaneciendo a la vista de la gran ciudad suspensos en el aire, revoloteaban sobre un estrecho callejón. Allí se veían amontonadas paja y ceniza, indicios de una mudanza; y esparcidos por el suelo fragmentos de platos, trozos de estatuas de yeso, trapos y estropeadas copas de sombreros viejos, conjunto en verdad poco grato a la vista. El ángel señaló con el dedo, entre aquella confusión de objetos, unos tiestos o macetas esparcidos sobre la masa de tierra que se había desparramado al arrojarlos al suelo; pero parte de ella quedaba aún adherida a las raíces de una gran flor campestre que por inútil había también sido tirada a la calle. «Nos llevaremos ésta —dijo el ángel—: yo te diré por qué, mientras volemos.»



Remontaron su vuelo, y el ángel contó lo siguiente: «Allá abajo, en el estrecho callejón y en un miserable sótano, vivía un pobre niño enfermo. Desde que nació, estuvo siempre en cama. Cuando se aliviaba algo, apoyado en sus muletas, daba la vuelta un par de veces al pequeño aposento; esto era todo. En algunos días del verano en que los rayos del sol, penetrando hasta el fondo del sótano, acariciaban al chicuelo con su dulce calor, éste se sentaba y ponía los descarnados dedos delante de sus ojos para observar cómo se transparentaba en ellos la sangre. Sólo conocía el espléndido verdor del bosque en la estación florida, por la primera rama de haya que le trajo un hijo del vecino. Púsola a su cabecera, y en sueños imaginaba estar al pie de estos

árboles sobre los cuales resplandece el sol y cantan las aves. Un día de primavera le trajo también el mismo muchacho flores silvestres, entre las cuales casualmente había una con raíces, que plantó en una maceta colocada al lado de la cama bajo la ventana. En buena hora lo hizo. Creció, brotaron nuevos tallos y daba hermosas flores, llegando a ser el más bello jardín para el débil enfermo, su humilde tesoro en la tierra. La regaba cuidadosamente, procurando que aprovechase hasta el último rayo del sol que a duras penas allí penetraba. Esta pobre flor se conaturalizó con sus lágrimas, pues para él florecía, para él daba al viento sus perfumes, regocijando sus lánguidas miradas. La humilde flor era para el tierno niño el símbolo de la esperanza. Parecíale a veces que la flor le hablaba un lenguaje de amor y ternura, un lenguaje que no tenía semejanza con el que se usa en la tierra. Hubiera vivido muy triste y desconsolado si le hubieran privado de la flor que tanto amaba y que tanto le amaba, porque no tenía duda de que la flor sentía. En ella clavó sus ojos en la hora de la muerte, cuando el Señor le llamó a sí.

»¡Un año hace que mora con Dios! ¡Un año que la pobre flor, olvidada en la ventana, se ha secado! ¡Por eso en la mudanza fué arrojada a la basura! Esta es la flor, la pobre flor marchita que hemos colocado en nuestro ramillete. Ella ha causado más alegría que la más hermosa en el jardín de una reina.» «¿Y cómo sabes todo eso?», preguntó el niño. «Lo sé—respondió el ángel—porque yo era el niño enfermo que andaba apoyado en las muletas. ¡Bien conozco mi flor!» El niño abrió sus ojos mirando asombrado el rostro del ángel. En aquel momento encontráronse en el reino de Dios, donde están la dicha y bienaventuranza eternas. El Señor estrechó contra su seno al niño muerto, que revisitiéndose de alas como el otro ángel, iba asido de su mano volando con él. Dios puso sobre su pecho todas las flores, pero á la pobre y seca flor silvestre la dió un ósculo; entónces adquirió voz y cantaba con todos los ángeles que se mecen en las alturas en torno del Señor, unos cerca, otros alrededor de éstos en grandes círculos, y así más y más hasta lo infinito.—*Andersen.*

El perro viejo del cortijo

Un labrador tenía un perro muy fiel llamado Sultán; era ya muy viejo y no podía hacer presa. El aldeano dijo un día a su mujer: «Voy a pegar un tiro al viejo Sultán, porque no sirve para nada». Tuvo aquélla compasión del perro, y contestó: «¡Nos ha servido tanto tiempo, que bien podíamos ahora darle el pan gratis!» «¡Bah! vete a hilar y déjame a mí; como no tiene ya dientes, no le teme ningún ladrón; si nos ha servido antes, también recibió en cambio su buena comida; ahora no vale para nada, y podemos pasarnos sin él.» El perro, que no lejos de allí estaba echado, lo había oído todo. Entristeciéndose pensando que el día siguiente sería el último de su vida. Tenía un buen amigo, que era el lobo. Al anocheecer fué a visitarlo al bosque, refiriéndole la suerte que le esperaba. «No te apures—dijo aquél—; yo te daré un buen consejo. Mañana de madrugada irá tu amo con su mujer al sembrado de heno; llevarán consigo a su hijuelo, que ponen durante el trabajo a la sombra detrás del vallado; allí te pones tú a su lado como para custodiarlo. Entonces salgo yo de la arboleda y robo el niño; tú partes detrás de mí a todo correr, como queriendo recobrarlo; yo lo dejo caer, tú lo devuelves; y creyendo que lo has salvado, la gratitud los obligará a no hacerte daño alguno, gozarás nuevamente de su gracia y nada te faltará.» Agradó el plan al perro y ejecutóse como se había pensado. Gritaba el labrador cuando vió correr al lobo por el campo con su niño: mas cuando el viejo Sultán volvió con él, lleno de alegría y acariciándole, le dijo: «Desde hoy nada te faltará, y mientras vivas comerás el pan de mi casa. Mujer, guisa para el viejo Sultán una papilla de leche para que pueda tragarla sin mascar, y también dale mi jergón para que le sirva de cama.» Desde aquel momento, Sultán lo pasó que no había más que pedir. Visítóle el lobo, satisfecho con el buen resultado de su traza. «Escucha, compadre—le dijo—; espero que te harás el dormido cuando quiera yo quitar a tu amo una oveja gorda. Están hoy los tiempos tan malos, que cuesta mucho trabajo buscarse la vida.» «No—respondió el perro—; yo soy fiel a mi señor, y no puedo

hacer la vista gorda.» Creyó el lobo que esto sería broma y volvió a la noche por su buena presa. Entretanto el leal Sultán había dado parte de todo a su amo, que estaba acechando en el granero, y dió al lobo una buena paliza.—*Grimm.*

Los ochavos ahorrados

Otón y Herminia recibían diariamente de su madre tres cuartos para comprarse el almuerzo. Mas como ambos niños eran ahorradores, guardaban su dinero hasta reunir algunos reales. Entonces compraban un cuaderno de papel, un juguete o plumas. Un día estaba muy repleta la caja de ahorros. «Yo tengo reunidos cuatro reales», dijo Otón. «Y yo cinco», repitió Herminia. «¿Qué vamos a comprar con ellos?» Debatían la cuestión; más no pudieron ponerse de acuerdo. Por fin resolvió Herminia, que era muy golosa, comprar turrón; y Otón, un caballo nuevo, pues el viejo había perdido la cola y una pierna. Salieron de su casa, y cuando llegaron al mercado, vieron a un ciego pidiendo una limosna en la esquina de una calle. Tenía el cabello blanco como la nieve, y sus vestidos estaban destrozados. Con voz conmovida dijo: «¡Dadme un ochavito que no he comido en todo el día! ¡Tengo tanta hambre! Estoy ciego y no puedo ganarlo: compadeceos de mí.» Otón y Herminia se miraron, preguntándose: «¿Nos decidimos?» «¡Sí! Nos decidimos», exclamaron ambos a un tiempo, corriendo hacia el anciano a quien dieron todo su dinero.

¡Cómo se alegró el pobre ciego! «Muchas gracias, queridos niños. ¡Qué buenos sois! Dios os pague el gran beneficio que me habéis hecho: ahora puedo comprar pan y ya no tendré hambre.» Los niños se alejaron saltando alegremente. Cuando Herminia pensaba en los dulces que había querido comprar, decía: «¡A ver! Ahora me los habría ya comido, no estaría tan alegre, y el pobre anciano tendría hambre todavía.» Cuando Otón miraba su caballo sin cola ni piernas, decía: «Aún me sirves para jugar; no necesito otro nuevo.» Y quería más que nunca a su inválido caba-

lito. ¿Por qué pensaban y sentían así las dos inocentes criaturas? Porque nada alegre y endulza el alma como el recuerdo de una acción benéfica.—*Franz Hoffmann.*

El grito de la conciencia

Un rico llamado Cryses mandó a sus criados que arrojasen a una pobre viuda, con sus niños, de la vivienda que ocupaba, porque no podía pagar los alquileres. Cuando los sirvientes llegaron, dijo la mujer: «¡Ay! Esperad un poco; quizás vuestro amo se apiade de nosotros; yo iré a su casa para suplicárselo.» Fué la viuda a casa del poderoso con sus cuatro niños (otro quedaba enfermo en la cama), y todos le rogaron que no los arrojase a la calle. Pero Cryses dijo: «No puedo dar contraorden, a no ser que paguéis en el acto vuestra deuda.» Entonces llorando amargamente la madre, exclamó: «¡Ay! La enfermedad de mi niño ha consumido todo el producto de mi trabajo, impidiendo que me dedicase a mis faenas ordinarias.» Y los niños unieron sus súplicas a las de la madre, para que no los expulsase. Pero Cryses les volvió las espaldas y se fué al pabellón del jardín, reclinándose en un diván para descansar según su costumbre. El día era muy caluroso; cerca del pabellón corría un arroyo que refrescaba la atmósfera, y reinaba tal calma que no se movía un soplo de aire.

Entonces oyó Cryses el susurrar de los juncos en las orillas, imaginándose que eran los lamentos de los hijos de la pobre viuda, y se revolvía inquieto sobre los blandos cojines. Después escuchaba el murmullo del río, pareciéndole que descansaba en las playas de un mar inmenso, y aun más inquieto volvía de un lado a otro. Oyó más tarde retumbar lejanos truenos, y entonces creyó oír la voz de su conciencia. Levantóse repentinamente y corrió a su casa, mandando a los criados dejar en la suya a la pobre viuda; mas ésta se había trasladado con sus hijos al bosque y no pudieron hallarla. Entretanto se aproximó la tempestad;

tronaba, y la lluvia caía a torrentes. Cryses iba y venía lleno de angustia y ansiedad. El día siguiente, supo que el niño enfermo había muerto en el bosque, ausentándose su madre, con



los demás, a lejanas tierras. Aborreció entonces su jardín, sala y diván, y ya no disfrutaba de la frescura del río murmurador.

Poco después cayó Cryses enfermo: incessantemente oía, en el ardor de la fiebre, el susurrar de los jun-

cos, el murmullo del río y el sordo bramido de la tormenta. Así murió atormentado por las voces de su propia conciencia.

Un apóstol durante la Revolución francesa

Chaminade tenía doble domicilio, uno legal y otro efectivo, con objeto de sustraerse más fácilmente a las pesquisas del Gobierno francés. Había tomado como criados a un jardinero revolucionario, que no podía infundir en los patriotas la más leve sospecha, conocido como era su fervor revolucionario; y a una mujer de avanzada edad, viva, despierta, charlatana, que sabía entretener oportunamente, y despistar a los finos sabuesos de la policía. Por último, un perro bien amaestrado daba la voz de alarma en cuanto husmeaba la presencia de alguna persona extraña a la casa. La experiencia demostró en repetidas ocasiones que este lujo de precauciones no era vano.



Un día, del modo más impensado, hicieron irrupción en su

casa los agentes de la autoridad. No hubo manera de prevenir su entrada, y ocultar al P. Chaminade en uno de los escondites que, en previsión de estas peligrosas alarmas, se habían practicado. La vieja sirvienta no por ello perdió su sangre fría, y mandó al pobre sacerdote se echara al suelo e invirtió sobre él un cubo de lavar la ropa.

Penetran los agentes, pero no encuentran más alma viviente que la anciana criada que trajina afanosamente; y que, a su entrada, se encara con ellos y, con gesto altanero, les pide cuenta de aquel allanamiento de morada que nada justifica. Los agentes la conminan para que diga dónde para el «calotín» a quien tienen que arrestar; pero sus gritos y amenazas no hacen mella en la vieja, la cual, con un aplomo desconcertante, los invita a registrar la casa de arriba abajo, lo que hacen de mala gana; hasta que, desesperados, no encuentran más medio de consolarse de su fiasco que hacer algunas libaciones que la buena anciana les sirve con presteza. Se sientan, pues, en derredor del cubo que hace oficio de mesa y se desquitan así del mal humor que les ha producido su malograda empresa. Fácil es adivinar las angustias del pobre prisionero, pues como él decía gráficamente más tarde, «sólo el grueso de una tabla le separaba del cadalso».

Tenía que acudir a los más ingeniosos recursos para burlar la vigilancia policíaca; y así se le veía, disfrazado de calderero, recorrer las calles de Burdeos con paso flemático, lanzando con voz segura los gritos de los del oficio. Algunos chiquillos, despiertos y bien aleccionados, le acompañaban, le prevenían cuando se avecinaba algún peligro, le enteraban de las casas donde era necesaria la presencia del sacerdote; y así podía el P. Chaminade dedicarse con relativa tranquilidad al ejercicio del santo ministerio, consolando a los enfermos, confesando, administrando el santo Viático o santificando alguna unión matrimonial. En una ocasión pasaban junto a él los agentes de la policía y le preguntaron: «¿No has visto pasar por aquí al «calotín Chaminade?»» «Sí, por ahí le he visto pasar—contestó con la mayor tranquilidad—; daos prisa para echarle mano».

El Doctor Sábelotodo

Érase un pobre campesino llamado Cangrejo. Un día fué a la ciudad con una carreta cargada de leña, que vendió por dos escudos alemanes a un doctor en medicina. Recibía el dinero que le iban dando, en ocasión que el Doctor se sentaba a la mesa: vió el aldeano cuán opíparamente comía y bebía, y se le hacía la boca agua, ardiendo en deseos de llegar a ser doctor. Después de estar un rato suspenso, preguntó: «¿Podría yo también convertirme en doctor?»

«¡Ya lo creo!—contestó el médico.—Eso es muy fácil: empieza por comprar una cartilla de esas que en su primera página ostentan un *gallo cacareando*; convierte en metálico tu carreta y tu yunta de bueyes; y con el dinero que saques, compra los vestidos y demás insignias del doctorado; finalmente, manda pintar una muestra que diga *El Doctor Sábelotodo*, y clávala encima de la puerta de tu casa». El campesino hizo todo lo que se le había indicado. Después que hubo practicado un poco la profesión, ocurrió que robaron muchos y buenos escudos a un rico señorón. Hablaron entonces a éste del *Doctor Sábelotodo*, que habitaba en el pueblo cercano y que debía saber dónde se encontraba el dinero. Mandó el caballero enganchar su coche, trasladándose al pueblo, y ya en casa del campesino, preguntó a éste si era el *Doctor Sábelotodo*, y como hubiese contestado afirmativamente, le rogó se fuera con él y le recobrase la cantidad robada.

«Perfectamente; pero Margarita, mi mujer, ha de acompañarnos». Convino en ello el caballero, los hizo subir al carruaje y partieron todos juntos. Cuando llegaron a la quinta del noble, estaba puesta la mesa e instaron al rústico para que los acompañara a comer. «Acepto, y Margarita mi mujer, también», dijo; y se sentó en ella echándose casi sobre la mesa. Al presentarse el primer criado con un plato de excelentes viandas, dió del codo el aldeano a su mujer y dijo: «Margarita, éste fué el primero», queriendo decir era el primer plato; pero el sirviente entendió que aquellas palabras querían decir: «es el primer ladrón», y

como lo era en realidad, se llenó de pavor y dijo al salir a sus compañeros: «¡El Doctor lo sabe todo! Muy mal lo vamos a pasar; ha dicho que yo fuí el primero». El segundo criado se resistía a entrar; pero no hubo más remedio. Cuando apareció con su plato, el rústico volvió a codear a su mujer: «Margarita, este es el segundo.» También el criado se asustó, saliendo más que de prisa. No le fué mejor al tercero, supuesto que el aldeano dijo: «Margarita, éste es el número tres.» Tocó al cuarto presentarse con un plato cubierto. Entonces rogó el caballero al Doctor que mostrara su ciencia adivinando lo que contenía. Casualmente eran cangrejos. Miraba el patán el plato, no sabiendo cómo salir del apuro, hasta que al fin exclamó: «¡Ay de mí, pobre Cangrejo!»

Al escuchar esta exclamación, el caballero dijo: «¡Pardiez, cómo lo adivinó! Ahora ciertamente que sabe también quien tiene el dinero. El criado se sobrecogió terriblemente, e hizo un guiño al Doctor para que saliese un momento. Cuando éste se presentó, le confesaron los cuatro que habían robado el dinero y que se resignaban a devolverlo, dándole una cuantiosa suma si no los descubría. También lo llevaron donde estaba escondido el dinero. Convino en todo nuestro sabio; volvió a entrar en el comedor, y dijo: «Señor, ahora voy a buscar en mi libro el sitio en donde se oculta el dinero.» Entretanto un quinto criado se introdujo cautelosamente en la estufa con ánimo de escuchar si el Doctor sabía algo más. Estaba éste sentado abriendo su *cartilla*; hojeaba por todos lados buscando la estampa del *gallo cacareador*; y como tardase en hallarla, exclamó: «Sin embargo, tú estás dentro y es preciso que salgas.» Figuróse el que se ocultaba en la estufa que a él se referían estas palabras; salió fuera aterroizado, y gritó: «Este hombre todo lo sabe.»

En seguida mostró el Doctor omnisciente al caballero el escondrijo que ocultaba el dinero; mas no declaró quien lo había robado. Recompensado por ambas partes con mucho dinero, llegó con el tiempo a ser un hombre célebre.—*Grimm*.

CUENTOS Y FÁBULAS

La herradura rota

Un campesino iba con su hijo Tomasito por el campo. «Mira» —dijo de pronto el padre durante la caminata—aquí hay un pedazo de herradura en el suelo; cógelo y guárdalo en tu bolsillo.



«¡Vaya! —replicó Tomasito— no vale la pena agacharse para cosa tan insignificante.» Calló el padre, y recogiólo del suelo, lo guardó en su bolsillo. En el lugar próximo lo vendió al herrador en tres cuartos, empleándolos en comprar cerezas, y siguieron su camino. Calentaba mucho el sol y no se veía por ninguna parte ni un árbol, ni una casa,

ni una fuente. Tomasito estaba tan sediento que apenas podía seguir a su padre. Entonces dejó éste caer como por casualidad una cereza. Recogióla ansiosamente Tomás cual si fuese de oro, e inmediatamente se la comió. Cuando anduvieron algunos pasos más, dejó el padre caer otra cereza. El niño se agachó con la misma presteza. De este modo hizo el padre recoger a su hijo todas las cerezas; y después de haberse comido éste la última, volvióse aquél riendo y le dijo:



«Mira, si te hubieras inclinado una sola vez por la herradura, no hubieses tenido que inclinarte ciento por las cerezas.—*Schmid.*

La hiedra

Ella a todo se apega, a todo se arraiga, con la gracia y benevolencia de su juventud, con la fuerza y constancia de la edad madura: adorna lo desnudo, como un tapicero; tupe los vacíos, como un albañil; aplica sobre las rocas guirnaldas en relieve, como un escultor; abriga a las pobres dolientes ruinas, como una

Hermana de la Caridad; pone al árbol muerto, que fué su amigo, una verde mortaja; y prendiéndose de una en otra rama de los árboles por entre los cuales pasa la senda del hombre, forma arcos, cual si quisiese honrarle como a rey de todo lo creado. Es, en fin, la hiedra de los montes, con sus profusas y pequeñas hojas, sus espesos y vistosos ramilletes, el lujo y compòstura de la sierra; fórmale sus moños, sus faralaes, sus bordados y sus perifollos. Es, por último, su rico aderezo de esmeraldas que no aja el calor, que no descolora la humedad, que no marchita el sol y que no deslustra el tiempo.—*Fernán Caballero*.

El trabajo abre el apetito

«Esta sopa no es buena; le falta substancia; no la quiero tomar», decía la pequeña Gertrudis, apartándola lejos de sí y dejando la cuchara sobre la mesa. «Bueno, dijo la madre, no la tomes; te voy a preparar para la cena una sopa que de seguro te gustará». Por la tarde se fueron el padre y la madre a trabajar al campo, y se hicieron acompañar de Gertrudis. El padre labró una porción de terreno, lo rastrilló y lo sembró. La madre plantó en otro lugar hierbas y zanahorias. Gertrudis tuvo que ayudarle, y cuando hubieron acabado, se volvieron a su casa. Gertrudis esperaba impaciente la sopa de la cena. Por fin apareció humeante sobre la mesa recién puesta. Al probar su sopa Gertrudis, exclamó:

«Esta sí que está bien hecha. ¡Qué buen gusto tiene!» La madre no pudo contener una suave sonrisa, y dijo: «¡Pero si es la misma sopa que tú rechazaste por la mañana! Ahora te sabe mejor porque has trabajado toda la tarde, y el trabajo te ha abierto el apetito».—*Schmid*.

Dios en todas partes

Jacobo y Ana estaban un día solos en casa, y dijo aquél a ésta: «Ven que vamos a buscar por la casa algo bueno con que regalarnos.» Ana respondió: «Si puedes llevarme a un sitio en donde nadie nos vea, iré contigo.» «Pues bien, ven conmigo al cuarto donde guardan la leche; allí nos comeremos un plato de dulce.» «Allí nos ve el vecino que está partiendo leña en la calle.»

«Entonces vámonos a la cocina; allí en la despensa, hay un tarro lleno de miel, y en ella mojaremos nuestro pan.» «Puede vernos la vecina que está hilando en la ventana.» «Pues nos iremos al sótano a comer manzanas, que está muy oscuro y nadie nos verá.»

«¡Ah! mi querido Jacobo—replicó Ana—. ¿Crees de veras que allí nadie nos ve? ¿No sabes que en el cielo hay un ojo que penetra por las murallas y ve claro en las tinieblas?» Asustóse Jacobo y dijo: «Tienes razón, querida hermana, Dios nos ve en donde ninguna vista humana puede vernos; no intentemos obrar mal en ninguna parte.» Ana se alegró mucho al ver que su hermano había grabado en su corazón aquellas palabras y le regaló una bonita estampa que representaba el ojo de la providencia, al que nada puede ocultarse.—*Schmid*.

El dinero bien empleado

Un laborioso carpintero, que ganaba muy buenos cuartos, comía sobriamente, vistiéndose, como su familia, con suma modestia y excusando los gastos superfluos. «¿Qué diantre hacéis con vuestras economías, maestro?» le dijo un día su vecino el tornero. «Con una parte del dinero pago mis deudas, y coloco la otra a réditos.» «¡Bah! eso es broma; ni tenéis deudas que pagar, ni dinero dado a interés.» «Pues es verdad lo que digo. Permittedme que me explique. Todo lo que mis buenos padres han empleado en mí, desde la hora en que vi la luz del día, lo considero como una deuda que estoy obligado a satisfacer; y lo que gasto con mis hijos para que aprendan oficios útiles, lo miro como un capital que en mi vejez me devolverán con intereses. Como mis padres no perdonaron sacrificios para proporcionarme una buena educación, yo sigo su ejemplo con mis hijos, considerando como un deber filial pagar sus beneficios a mis padres; y confío en que me pagarán mis hijos esta misma deuda lo propio que si me hubiesen firmado un contrato.—*Schmid*.

La abeja y la paloma

Una abeja sedienta, que había bajado a una fuente para beber, fué arrastrada por sus aguas, viéndose en peligro de morir

ahogada. Una paloma que lo observaba, arrancó con su pico una hoja de árbol y la echó en el agua. La abeja pudo apoyarse en ella y salvarse. Algún tiempo después, posada la paloma sobre una encina, no se fijó en un cazador que la apuntaba con su escopeta. La agraciada abeja, que comprendió el peligro en que se encontraba su bienhechora, se dirigió volando sobre aquél y le picó en la mano. El tiro cambió de dirección, y la paloma tendió el vuelo sana y salva.

El niño orando

Una pobre viuda llamada Teresa dijo una mañana a sus cinco pequeñuelos: «¡Hijos míos! Hoy no tengo qué daros para aplacar vuestra hambre; no hay ni pan, ni harina, ni un solo huevo en la casa. Tantas ocupaciones me proporcionáis, que no me queda casi tiempo para ganar el preciso sustento: rogad a Dios que nos favorezca. Él es el rico y poderoso; Él ha dicho: *Pedid y recibiréis.*» Cristián, que apenas contaba seis años, se encaminó en ayunas y muy triste hacia la escuela. Al pasar por delante de la puerta de la iglesia, que a la sazón estaba abierta, entró, y arrodillándose ante el altar, como no había nadie en el templo, rezó en alta voz diciendo: «Padre nuestro que estás en el cielo, nosotros, pobres niños, no tenemos hoy nada que comer. Nuestra madre carece de pan, de harina y ni siquiera dispone de un huevecito. Dígnate Tú darnos algo que comer para que no muramos todos de hambre. Favorécenos Tú, que eres rico y poderoso, Tú que tan fácilmente puedes socorrernos. Nos lo has prometido y tu palabra no puede faltar.»

Así rezaba Cristián, con infantil candor, y después se dirigió a la escuela. Cuando volvió a casa, halló sobre la mesa un pan grande, un plato con harina y un cestito lleno de huevos. «¡Gracias a Dios!, exclamó con alegría; el Señor ha escuchado benigne- namente mi oración. Madre, ¿ha traído todo esto un angelito por la ventana?» «No, dijo la madre; pero Dios, sin embargo, ha escuchado tu plegaria. Cuando tú rezabas delante del altar, una piadosa señora estaba arrodillada detrás de un sillón; tú no podías verla, pero ella te veía y escuchaba, y en seguida nos ha enviado todo esto. Ella ha sido el ángel por medio del cual Dios

nos ha socorrido. Ahora, hijos míos, dad todos gracias al Señor, alegraos y durante toda vuestra vida no olvidéis esta hermosa máxima: «Confía en Dios y acata sus designios, y El no te abandonará.»—*Schmid*.

Los tres consejeros de la casa

«¿Cómo os componéis—dijo uno a su vecino—para que vuestra casa esté tan bien arreglada, sin que en ella ni en vuestra persona se observe nada de extraño? ¡Y vaya si nosotros también trabajamos, fijando nuestra atención en lo nuestro y economizando lo más posible, y sin embargo no medramos!» «Francamente, ignoro la causa—contestó el vecino—. Acaso deba todo eso a mis tres consejeros domésticos.» «¿Vuestros tres consejeros de la casa? ¿Y quiénes son?» «El perro, el gallo y la gata.» «¡Vaya! os mofáis sin duda.» «Hablo muy seriamente; escuchad. El perro ladra cuando cautelosamente se acerca un enemigo; entonces hay que estar alerta. El gallo canta al amanecer; entonces es llegada la hora de levantarse. Y la gata se limpia cuando un huésped querido se acerca, y ocasión es entonces de componerse.»

«Comprendo, vecino, lo que queréis decir con eso, y es que hay tres cosas precisas para gobernar una casa: previsión contra todo lo que puede hacer daño; actividad para todo lo útil, y amabilidad para con todos los verdaderos amigos.» «Me agrada que lo toméis en ese sentido; yo alabo, sin embargo, a mis consejeros domésticos, porque a su tiempo me recuerdan lo que debo hacer, y sin ellos fácilmente podría olvidarlo.»—*Auerbach*.

Las siete varas

Tenía un campesino siete hijos que a menudo reñían, abandonando por sus querellas el trabajo. Hasta hubo personas de mala índole que, aprovechándose de estas reyertas, trataban de desposeerlos de su herencia cuando muriese su padre. Convocó éste un día a los siete, y presentándoles otras tantas varas unidas firmemente en un haz, les dijo: «Cien duros doy al que rompa este manojo.» Uno después de otro hizo grandes esfuerzos

durante mucho tiempo, exclamando todos al fin: «Es imposible.» «Sin embargo—dijo el padre—es facilísimo.» Desató el haz y rompió bonitamente una tras otra todas las varas. «¡Oh!—exclamaron los hijos—. ¡Toma, así ya se ve que es fácil y podría hacerlo un muchachuelo!» «Pues lo que sucede con estas varas, sucederá con vosotros, hijos míos—dijo aquél—. Mientras estéis unidos firmemente, os sostendréis y nadie podrá venceros. Mas cuando se rompa el vínculo que debe estrecharos, os acontecerá lo que a estas varas que rotas yacen en el suelo. La casa donde impera la discordia, se desmorona. Únicamente la buena unión sostiene al mundo.» —*Schmid.*

El león y los bueyes

Un león atacó a dos bueyes. Resistieron ellos, y tan bien se defendieron con sus cuernos, que no pudo dominarlos. Dejolos ir, y díjoles que en adelante no les haría daño aun cuando los encontrase separados el uno del otro. Creyeronlo los bueyes, y separáronse. El león entonces los devoró uno después del otro. Enseña esta fábula que, cuando dos pueblos se ayudan lealmente, el enemigo suele ser impotente contra ellos. Cuando cesan de entenderse, sucumben cada uno a su vez.

El zorro y el gallo

Cantaba un gallo en su corral. Hallábase cerca un zorro que lo espiaba; pero no le era fácil acercarse sin espantarlo y, no obstante, lo consiguió valiéndose de una astucia. «Señor—le dijo—no puedo resistir al deseo de expresaros cuánto me habéis agradado. Rato ha que os contemplo, y me parecéis el animal más perfecto de cuantos he conocido. Mas lo que sobre todo en vos me place, es la voz: en mi vida oí otra semejante, exceptuando la de vuestro padre. Bien es verdad que él cantaba con los ojos cerrados.» «Capaz soy yo de hacerlo también—exclamó el gallo—; mas apenas lo hubo intentado, el zorro saltó sobre él y lo devoró.

Mercurio y el escultor

Queriendo mercurio saber qué caso hacían de él en la Tierra, tomó figura de mortal y entró en la tienda de un escultor. Reparó, desde luego, en una estatua de Júpiter, y preguntó su precio. Cuando le dijeron que una dracma, se burló, para su capote, de su padre. «¿Y ésta, Juno—preguntó—cuánto?» «Esa vale algo más.» En fin, viendo la suya y creyendo que valía mucho, preguntó su precio. «Si me compráis las otras dos—respondió el escultor—os daré esta de gratificación.» Cuanto más nos estimamos, menos valemos.

La sal

Un día que Nuskuran el Justo estaba de caza, un cocinero, al preparar la comida, se halló sin sal. El shah ordenó a su esclavo buscarla en el pueblo inmediato, encargando que se pagase bien. «No hay—añadió—que causar la menor molestia a nadie.» «Pero—le dijeron—unos granos de sal es tan poca cosa...» «Cierto—respondió—; pero el primer opresor comenzó también por poca cosa; el que vino después hizo un poco más, y poco a poco la opresión llegó a ser lo que es. Cuando el príncipe coge una manzana del jardín de un vasallo suyo, luego sus cortesanos arrancan el árbol con las raíces: cuando el shah toma por fuerza la mitad de un huevo, pronto sus soldados retuercen el cuello a millares de gallinas y las ponen en el asador.»

El lobo y el cordero

Hallábase solo un cordero en el aprisco, cuando un lobo entró, lo asió y se dispuso a tragárselo. Caído entre las piernas del lobo, díjole llorando el cordero: «Antes de matarme, hazme un favor. Me han dicho mis padres que eres el mejor tocador de bocina de toda esta comarca. Yo quisiera oírte.» Halagado en su amor propio el lobo, suelta al cordero, se sienta y se pone a aullar con todas sus fuerzas. Acuden los perros y lo atrapan. Felizmente para él, se sustrajo a sus colmillos; mas habiendo llegado a lo alto de una colina, tomó aliento y dijo: «Merezco lo

que me ha sucedido. ¿Quién habría soñado en hacer un músico de mí, que no soy más que un carnicero?» Enseña esta fábula que los más feroces ceden a la adulación.

El patito feo

¡Qué hermoso estaba el campo! Era en el rigor del verano; las mieses se mecían llenas de doradas espigas; la avena verdeaba ya; veíanse en la pradera grandes montones de heno, y la cigüeña paseaba sobre sus largas patas encarnadas, charlando en el idioma de Egipto, lengua que su señora madre le había enseñado. En derredor de los campos y praderas se extendían frondosos bosques que refrescaban profundos y pintorescos lagos. ¡Verdaderamente estaba hermosísima la tierra! Bañada por los rayos del sol, veíase allí una antigua quinta señorial, rodeada de hondos canales; sus muros estaban casi ocultos por magníficas y brillantes hojas de hiedra, que desde las aguas trepaban nutridas y frondosas hasta lo más alto.

Aquel lugar era tan agreste como hubiera podido encontrarse en las profundidades de un bosque. Una pata había fabricado allí su nido, y empollando los huevos, esperaba sacar sus hijuelos; pero estaba ya cansada de tal ocupación, aumentando su fastidio el no recibir visitas de las otras patas, a quienes gustaba más nadar en los canales que ir a charlar con ella bajo las hojas. Por fin, los huevos comenzaron a romperse uno tras otro. ¡Pip! ¡pip! Las yemas se habían vivificado sacando fuera la cabeza. «¡Parpar! ¡Parpar!», decían armando mucho ruido, y miraban en todas direcciones, bajo las verdes hojas, sin que la madre se opusiese, pues no ignoraba lo bueno que el verde es para la vista. «¡Cuidado que es grande el mundo!» decían todos los patitos viéndose en un espacio infinitamente mayor que dentro del cascarón. «¿Creéis que el mundo concluye ahí?» dijo la madre. ¡Oh, no! Se extiende mucho más lejos, del otro lado del jardín, hasta el campo del cura, a donde yo no llegué nunca. ¿Estáis todos

juntos? No están todos: el huevo mayor aun no se ha roto. ¿Cuánto tiempo va a durar esto? Pues yo pronto me canso.» Y así refunfuñando se volvió a echar muy contrariada.

«Vamos, ¿cómo lo pasa usted?», dijo una pata vieja que llegaba para visitarla. «Sólo me queda un huevo, y me cuesta gran trabajo hacer que salga el pollo. Pero mire usted los otros. ¿No son los patitos más monos que se han visto? Todos se parecen a su padre, y el gran pícaro no viene siquiera a verlos.» «Déjeme usted examinar el huevo restante, dijo la anciana. ¡No sea de pavo de Calcuta! También me chasquearon una vez de esta manera, y pasé grandes cuitas y trabajos con los chicuelos, pues temen al



agua y no pude lanzarlos a ella por más que parpaban y chillaban. ¡Veamos! ¡Efectivamente, es de pavo de Calcuta! Déjelo, pues más vale que emplee su tiempo en enseñar a nadar a los otros.» «Sin embargo, quiero empollarlo todavía un poco más, puesto que ya llevo gastado en lo mismo tanto tiempo.» «Cómo usted quiera», dijo la vieja; y se fué.

Por fin se rompió el gran huevo. «¡Pip! ¡pip!» dijo el chicuelo saliendo. «Es descomunal; ninguno de sus hermanos tiene ese aspecto. ¿Será efectivamente un pavipollo de Calcuta? Pronto lo averiguaremos; ha de ir al agua, aunque yo misma tenga que empujarlo dentro.» Hizo al día siguiente un tiempo hermosísimo; todas las verdes hojas brillaban heridas por los rayos del sol. La pata madre bajó con toda su familia al canal, y ¡cataplúm! saltó dentro del agua. «¡Parpar! ¡parpar!» dijo, y todos los patitos la siguieron echándose dentro con gran empuje. Alteróse el agua, cubriendo sus cabecitas un momento; pero enseguida volvieron a la superficie y nadaban perfectamente; las piernas se movían por sí solas, todos avanzaban, y no les iba en zaga el feo, que

tivamente un pavipollo de Calcuta? Pronto lo averiguaremos; ha de ir al agua, aunque yo misma tenga que empujarlo dentro.» Hizo al día siguiente un tiempo hermosísimo; todas las verdes hojas brillaban heridas por los rayos del sol. La pata madre bajó con toda su familia al canal, y ¡cataplúm! saltó dentro del agua. «¡Parpar! ¡parpar!» dijo, y todos los patitos la siguieron echándose dentro con gran empuje. Alteróse el agua, cubriendo sus cabecitas un momento; pero enseguida volvieron a la superficie y nadaban perfectamente; las piernas se movían por sí solas, todos avanzaban, y no les iba en zaga el feo, que

era gris. «No es de Calcuta, dijo ella. Mira que bien maneja sus patas. ¡Qué derecho se tiene! ¡Es hijo mío! Y a la verdad, bien mirado, es guapo. Venid conmigo; voy a introducirlo en la buena sociedad. ¡Parpar! ¡parpar! Os presentaré a la corte; pero no os separéis de mí, para que nadie os pise. ¡Mucho ojo con los gatos!»

Y en estas pláticas llegaron al corral. Allí había un gran motín; dos familias se picaban por una cabeza de anguila, que al fin y al cabo se llevó un gato. «¡Mirad, así es el mundo!», dijo la madre, mientras afilaba su pico, deseando también la ambicionada presa. «Haced uso de vuestras patas; moveos. Doblád vuestro cuello ante aquella anciana pata, la más noble de todas; es española; por eso está tan gorda. ¿Veis aquel trapo encarnado que rodea su tobillo? Es una cosa extraordinariamente bella, y la honra más elevada que puede adquirir una hembra de nuestra raza: significa que no se la quiere perder, y así se las distingue por hombres y animales. Tened desenvoltura; no pongáis los pies hacia dentro. Un patito bien educado debe separarlos, imitando a sus padres.» Los demás patos que acudían, rodeándolos, alzaban mucho la voz, diciendo: «¡No nos faltaba más que cargar ahora con estos monigotes, como si no fuésemos ya bastantes! ¡Cuidado con la facha de uno de ellos! Lo que es a ése, no le aguantamos.» Y voló hacia el desgraciado uno de los que protestaban, y le dió un picotazo en el cuello. «¡Suéltalo!» dijo la madre. «¿Se mete acaso contigo?» «No; pero es demasiado grande y estrafalario, respondió el matón, y es preciso perseguirlo.»

«Son hermosos los polluelos, dijo la anciana del trapo encarnado. Muy bellos, excepto el que nació últimamente. Bien pudiera usted reformarlo.» «Es imposible señora, respondió la madre. Verdad que no brilla por su belleza; pero tiene muy buen corazón, y nada majestuosamente, aventajando a los otros. Espero que ha de crecer mucho y con el tiempo será proporcionado. Estuvo demasiado tiempo dentro del huevo y por eso no tiene buenas formas.» Así dijo y le tiró un amoroso pellizco en el cuello, arreglando sus descompuestas plumas. «Además es macho, y no ha de ser desgraciado. Creo que, gracias a su energía, logrará encumbrarse.» «¡Qué monos son los otros!», replicó la an-

ciana. «Ahora haced lo que más os plazca, como si estuvierais en vuestra casa; y si tropezáis con una cabeza de anguila, traédmela.»—*Andersen.*

La niña de María

A la entrada de un gran bosque vivía un leñador con su mujer y una hija única de tres años. Eran tan pobres, que carecían hasta del pan cotidiano, y no tenían qué darla de comer. Una mañana fué el leñador a trabajar al bosque, lleno de tristeza, y estando partiendo leña se le apareció una esbelta y hermosa señora que lucía en su cabeza una corona de brillantes estrellas, diciéndole: «Yo soy la Virgen María, Madre del Niño Jesús; tú



eres pobre y necesitado; tráeme tu hija, la llevaré conmigo, seré su madre y cuidaré de ella. El leñador trajo su hija y la entregó a la Virgen María, quien la llevó consigo al cielo. Pasábalo allí la niña muy bien; comía pan de azúcar y bebía dulce leche; sus vestidos eran de oro y los angelitos jugaban con ella. Cuando cumplió catorce primaveras, llamóla la Virgen María, diciéndole: «Amada hija mía, he determinado hacer un largo viaje: toma y encárgate de las lla-

ves de las trece puertas del reino de los cielos. Te permito abrir doce y admirar las magnificencias que guardan; pero te prohibo abrir la restante, a que pertenece esta llavecita. Guárdate bien de abrirla; si lo haces serás infeliz.»

La niña ofreció obedecer. Cuando se fué la Virgen María, comenzó a admirar las estancias del reino de los cielos; cada día visitaba una, hasta que contempló las doce a su placer. En cada una de ellas vió sentado uno de los Santos Apóstoles, rodeados

de brillantes resplandores: nunca había contemplado tanta magnificencia ni gloria tanta, Alegrábase mucho la niña de ver tales cosas, así como a los angelitos que constantemente la acompañaban. Ya no quedaba por abrir más que la puerta vedada. Sintiendo la niña vehementísimos deseos por saber lo que se ocultaba detrás de ella, dijo a los angelitos: «No quisiera abrirla del todo; basta con un poquito para que miremos por las rendijas.» «¡Ay, no! contestaron los angelitos, sería pecado: la Virgen María lo prohibió, y si lo hicieras, podrías ser desdichada.» Calló la niña, mas no se extinguieron el deseo y la curiosidad; así es que se sentía una gran comezón que no la dejaba punto de reposo. Ausentáranse una vez los angelitos, y dijo para sí: «Ahora estoy completamente sola, ¿quién ha de verme?» y fué por la llave. Cuando la halló, introdújola en la cerradura y le dió vuelta. Abrióse súbitamente la puerta, y entre fogosos resplandores vió sentada a la Santísima Trinidad. Adelantó un dedo, tocó en aquella atmósfera resplandeciente y en el acto quedósele dorado el dedo. Sintió la niña un gran pavor, cerró de un portazo y alejóse corriendo. Por más que hizo, no pudo disipar su ansiedad. Palpitaba continuamente su corazón sin tranquilizarse, y no pudo borrar de su dedo el oro, por más que se lavaba. Pocos días después regresó la Virgen María de su viaje, y llamando a la muchacha le dijo:

«Devuélveme las llaves del cielo.» Al darle el manajo, la miró la Virgen, preguntando: «Creo que no habrás abierto la puerta décimatercia.» «No», contestó la niña. Púsole entonces la Virgen la mano sobre el corazón, notando sus fuertes latidos; y viendo que había abierto la puerta y desobedecido sus órdenes, preguntó de nuevo: «¿De veras no lo has hecho?» «No», dijo la niña por segunda vez. Vió entoncés el dedo dorado con que había tocado el fuego de oro, y se convenció de su culpa. Díjole por tercera vez: «¿No lo has hecho?» «No», respondió por tercera vez la niña. «Has desobedecido mis órdenes y mientes, le dijo la Virgen; no eres ya digna de estar en el cielo.» Quedó la muchacha sumida en un profundísimo sueño, y al despertar, encontróse en la tierra cerca de un corpulento árbol rodeado de espesos matorrales, por entre los cuales no podía penetrar. También su boca estaba cerrada sin poder pronunciar palabra. El tronco del árbol

formaba una cueva; en ella dormía y allí se guarecía en las tormentas para librarse de la lluvia. Consistía su alimento en raíces y frutos silvestres que se procuraba cómo le era posible. En el otoño reunía las hojas del árbol para cubrirse con ellas cuando nevaba. Pudriéronse sus vestidos y cayeron convertidos en harapos: entonces las hojas los suplieron también.

Cuando el sol volvió a resplandecer de nuevo, bañando la tierra con más calor, se sentó delante del árbol, y sus luengos cabellos la cubrieron por todos lados como un manto. Permaneció así sentada largo tiempo, sintiendo las penas y miserias del mundo. Aconteció que el Rey de aquellos países fué por la primavera de caza al bosque y persiguiendo una pieza, que se refugió en los matorrales que rodeaban el hueco árbol, apeóse del caballo y los apartó con su espada, abriéndose paso. Al penetrar vió una joven hermosísima, cubierta hasta los dedos de los pies con sus cabellos de oro. Admiróse el Rey y dijo: «¿Cómo has venido a este desierto?» Mas ella no le respondió, porque no podía abrir la boca. Díjole el Rey: «¿Quieres venir conmigo a mi castillo?» Inclínó ella la cabeza un poco; el Rey la llevó en sus brazos, sentándola sobre su caballo, y la condujo a su palacio; mandó vestirla y la colmó de regalos. Era, a pesar de ser muda, tan hermosa y agradable que llegó el Rey a quererla de corazón y a tomarla por esposa. Un año después, poco más o menos, dió a luz la Reina un hijo. A la noche siguiente, encontrándose sola, se le apareció la Virgen María y le dijo:

«¿Quieres ahora decir la verdad, confesando que abriste la puerta vedada, y despegaré tus labios, devolviéndote el uso de la palabra? Mas si permaneces en el pecado y lo niegas tenazmente, me llevaré a tu hijo recién nacido.» Concedió a la Reina que pudiera contestar, y dijo: «No, no; yo no abrí la puerta vedada.» La Virgen María tomó al recién nacido en sus brazos y se fué, llevándosele. A la mañana siguiente, al notar la desaparición del niño, corrió el rumor de que la Reina era antropófaga y se había comido a su hijo. Ella lo oyó todo y nada podía replicar; mas el Rey no lo creyó porque la quería mucho. Al año siguiente tuvo la Reina otro hijo, y por la noche volvió también a presentársele la Virgen María, diciéndole: «¿Quieres confesar ahora que abriste la puerta? y desataré tu boca y te devolveré tu hijo. Mas

si perseveras en pecado, negando también, me llevaré a este recién nacido.» Dijo de nuevo la Reina: «No, no he abierto la puerta vedada.» Y la Virgen María cogió del brazo al niño y se lo llevó al cielo. Por la mañana cuando las gentes se enteraron de que también este infante había desaparecido, decían a voz en grito que la Reina se lo había comido, y los consejeros del Rey exigieron que se la procesase. Mas éste la amaba tanto, que no podía creerlo, mandando a los de su Consejo, bajo pena de muerte, que no volvieran a hablar de semejante cosa. Pasó otro año, y la Reina dió a luz una hermosísima niña. Apareciósele por la noche la Virgen María, y le dijo:

«Sígueme.» Cogióla por la mano y la llevó al cielo. Allí le mostró sus dos hijos mayores, que se sonreían mientras jugaban con el globo terráqueo; y como la Reina se alegrase mucho, le dijo la Virgen: «¿Quieres ahora confesar que has abierto la puerta vedada, y te devolveré a tus dos hijos?» «No, yo no he abierto la puerta vedada.» Entonces María la dejó caer a la tierra y se apoderó también de la niña. Al notar esta tercera desaparición, gritaban las gentes: «La Reina es una antropófaga, y debe ser condenada.» Ya no pudo el Rey contradecir a sus consejeros por más tiempo. Reunióse el tribunal; y como no podía defenderse contestando, fué sentenciada a morir en la hoguera. La leña se amontonó; y estando ya atada en el palo, y cuando las llamas comenzaron a arder en derredor, conmovióse su corazón por el arrepentimiento, y decía para sí: «¡Ojalá pudiera confesar antes de morir que abrí la puerta!» Entonces exclamó: «¡Oh, María! ¡yo lo hice!»

Cuando este pensamiento se apoderó de su alma, apagóse el fuego por un fuerte aguacero, apareciendo sobre la pira un resplandor, y en medio, la Virgen María con uno de los niños a cada lado y llevando en sus brazos a la recién nacida, y dijo a la Reina cariñosamente: «El que confiesa su pecado y se arrepiente, alcanza el perdón.» Entrególe los niños, desató sus labios y la colmó de felicidades por toda la vida.—*Grimm.*



Érase una madre que, sentada cerca del lecho de su hijo, estaba muy triste, temiendo que muriese. El niño, muy pálido, había cerrado sus ojitos, respiraba, ya quedo, ya hondamente, como si exhalase un profundo suspiro; la desdichada madre, cada vez más triste, fijaba sus miradas en la inocente criatura. Llamaron a la puerta y entró un pobre anciano, envuelto en una manta de caballo. Era un riguroso invierno, todo se veía cubierto de hielo y nieve, soplando un viento que cortaba la cara. Como el pobre temblaba de frío, y el niño reposaba un momento, la madre puso cerveza en un pequeño jarro cerca de la estufa, para que aquél se calentara bebiéndola. Sentóse el pobre y mecía la cuna, mientras ella, en una silla a su lado, miraba a su hijo que seguía respirando fatigosamente; le levantó una manita y preguntó a aquél: «¿Crees que le conservaré? ¿Dios no se lo llevará a su gloria?» El viejo era la misma muerte, e inclinaba la cabeza de un modo raro, que podía significar que sí o que no. La pobre mujer bajó los ojos, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Cargósele la cabeza; y como no había dormido en tres días con sus noches, cerró un momento los párpados; mas a los pocos instantes despertó sobresaltada y tiritando. «¿Qué es esto?», dijo mirando por todos los lados. El anciano había desaparecido, llevándose a su hijo. En un rincón, un viejo reloj, con su gran pesa de plomo, sonaba lúgubrementemente; ésta cayó al suelo y se paró la máquina.

La pobre madre salió corriendo de la casa, clamando por su hijo. En medio de la nieve estaba sentada una mujer con largos y negros vestidos, que decía: «La muerte ha estado en tu vivienda, la vi correr con tu niño; vuela más veloz que el viento y nunca devuelve lo que una vez se lleva.» «Dime qué camino ha tomado y yo la hallaré.» «Sé cuál es el camino—dijo la mujer vestida de negro—; mas antes que te lo muestre, has de cantar-me todas las canciones con que arrullabas a tu niño. Me gustan mucho, las he oído antes y vi tus lágrimas mientras cantabas. Soy la Noche.» «Todas las cantaré, todas; mas no me detengas, para que pueda alcanzar a la muerte y recobrar mi hijo.» Mas la Noche permaneció sentada, muda y tranquila. Entonces la madre retorció sus brazos, y si muchos eran los cantares, muchas más fueron sus lágrimas. Cuando concluyó, dijo la Noche: «Vete a la derecha; por el sombrío bosque de abetos vi huir a la Muerte con tu niño.» Al fin del bosque se cruzaban los caminos, y no supo la infeliz cuál tomar. Vió allí un espino sin flores ni hojas, que con la crudeza de la estación tenía sus ramas cubiertas de hielo y nieve. «¿No has visto pasar la Muerte con mi hijito?» «Sí—dijo el espino—; más no te diré qué camino sigue, si antes no quieres calentarme en tu pecho. Estoy helado.»

Estrechó al espino sobre su pecho firmemente la infeliz para calentarlo bien, y las espinas penetraron en su carne, haciendo saltar gruesas gotas de sangre. Pero de la zarza brotaron frescas y verdes hojas, cubriéndose de flores aunque era fría noche de invierno; tanto calor había en el seno de la afligida madre. El espino le indicó, por último, la ruta que debía seguir.

Llegó a un gran lago, en donde no halló bote ni lancha: no estaba éste bastante helado para poder soportar su peso, ni suficientemente abierto y poco profundo para permitir vadearlo. Sin embargo, era preciso atravesarlo si había de hallar a su hijo. La buena madre, en un raptó de amoroso delirio, se echó a tierra para ver si podía bebérselo, esperando que quizás se obraría un milagro. «Inútiles son tus esfuerzos—dijo el lago—, no podrías realizar tus deseos. Mejor es que concertemos el modo de unirnos. Me gusta coleccionar perlas, y de tus ojos puedo tener las más claras que jamás he visto. ¿Quieres llorar dentro de mí? En cambio, te llevaré al otro lado, al gran invernadero

donde mora la Muerte y cuida de flores y árboles, cada uno de los cuales es una vida humana».

«¡Oh! ¿qué no haría yo por llegar donde está mi hijo?», dijo la desconsolada madre; y lloraba más y más, hasta que sus ojos cayeron al fondo del lago, transformándose en dos preciosas perlas. El lago, levantándola como si fuera en un columpio, la trasladó a la orilla opuesta, en donde había una casa de muchas leguas de anchura. No se podía conocer fácilmente si era una montaña con bosques y cuevas o si la habían fabricado; y la pobre madre no podía verlo, pues había perdido los ojos de tanto llorar. «¿En dónde hallaré a la Muerte, que me arrebató mi niño?» «Aquí no ha llegado aún—respondió la anciana de las tumbas, que estaba al cuidado del gran invernadero de la Muerte—... Repentinamente sopló por la sala un viento frío como el hielo, y la ciega madre conoció que venía la Muerte. «¿Cómo has podido hallar el camino llegando aquí antes que yo?, preguntó ésta. «¡Soy madre!» «No te comprendo—dijo la Muerte—. ¿Quieres que te devuelva tu hijo, o debo entrar con él en donde no sabes lo que hay?» Torciendo la madre sus brazos, cayó de rodillas y oraba a Dios: «Si algo pido contra vuestros designios, no me es-

cuchéis, Señor, no me escuchéis; cúmplase vuestra voluntad.» E inclinó la cabeza sobre el pecho, y la Muerte se fué con su niño a la tierra desconocida.

* * *

La madre sin ventura no se había rebelado contra la voluntad de Dios, y todos los días le invocaba fervorosamente, pero no podía consolarse en su dolor; éste era superior a sus fuerzas. Siempre estaba llorando; y como había jurado resignarse a que se cumpliera la voluntad de Dios, no le pedía el hijo



R

no le pedía el hijo

amado que se hallaba en la tierra desconocida, pero sí le rogaba ardorosamente que la llevase donde estaba su hijo; y si tampoco esta gracia le podía conceder, que la Muerte la llevara consigo, porque era muy triste para ella la vida en medio de las gentes, a quienes ya parecía excesivo su dolor.

Un día que estaba sentada contemplando el lago y llamando como loca a la Muerte, oyó una voz dulcísima que parecía salir del lago y le decía: «Madre buena, Dios ama sobre todo a las buenas madres; ruégale, y puede que te permita ver a tu hijo.» Sintió la madre regocijo en el corazón, y continuó orando; y los que la vieron arrodillada en medio del campo, y prosternada ante los altares en la ciudad horas enteras, y la oyeron las dulcísimas palabras con que pedía a Dios piedad para su pena, y la contemplaron derramando lágrimas día y noche, no pudieron menos de sentirse conmovidos profundamente ante aquella tierna manifestación del amor maternal.

En cuanto el sol se ocultaba en el horizonte, y las sombras sucedían a la claridad del día, la madre iba a la mansión de la Noche, porque ésta se había mostrado compasiva con ella. Nevaba mucho, pero nada intimidaba a la desolada madre. La Noche le preguntó: «¿Adónde vas, buena madre? No busques en la tierra a tu hijo, porque los que se van de la tierra no vuelven.» «Noche amiga—le contestó la madre—una voz del lago, que parecía voz del cielo, me ha dicho que Dios me permitirá volver a ver a mi hijo.» «¿Cuándo? ¿Dónde?...» «Eso es lo que no sé.» «¿Y no habrá sido ilusión de tu deseo la voz que has oído en el lago?...» «No, era voz dulcísima, suave y blanda, voz sobrehumana que no tiene ninguna semejanza con las voces de la tierra.» «Podrá ser cierto lo que dices, pero permíteme dudarlo—dijo la Noche.—Las resoluciones de la Divinidad son siempre inmutables, irrevocables.» «¡Oh, Noche! ¿por qué me desconsuelas así?... La voz que me habló en el lago, que era, sin duda, la de un ángel, derramó sobre mi corazón lacerado un bálsamo consolador; y tú con tus palabras, frías como el hielo de estos copos que caen sobre mí, llenas de amargura mi alma.»

«Duéleme, buena madre, hacerte sufrir; mas considera que es mejor la verdad que el engaño. Tengo en el mundo fama de encubridora de engaños y mentiras, y esta fama la debo a los hom-

bres malvados que aprovechan mi obscuridad para su traiciones. Pero amo la verdad.» «¿Y crees ¡oh Noche! mentira lo que te digo?» «No. Dudo, no más. Dios todo lo puede, y si El quiere que vuelvas a ver a tu hijo, lo verás. Lo que me temo, y hartó lo siento, es que te engañe tu infinito amor maternal.» Fuése la madre desconsolada, y era tal su desesperación, que empezó a llamar a grandes gritos a la Muerte; y como ésta no acudía, corrió y corrió desolada camino del invernadero de aquélla, resuelta a no vivir más. Este mal pensamiento lo vió Dios, a quien nada puede ocultarse, pero lo perdonó, porque el amor maternal, el más sublime de los amores, es a los ojos de Dios misericordioso disculpa de muchas faltas.

Y corría, y corría la madre para llegar pronto al invernadero de la Muerte. Recordaba que la Muerte se opuso a que arrancara las flores del invernadero, y se proponía, si la Muerte no quería quitarla la vida, arrancarlas, para que, irritada la terrible Parca, de un golpe de su corva guadaña la dejara exánime. Al fin llegó; dirigióse a donde estaban las flores y quiso arrancar una. Surgió la Muerte en el mismo punto y la detuvo. «¡Infeliz! ¿qué vas a hacer?... ¡Usurpar mis atribuciones! Desobedecer a Dios!» «Sufro mucho, Muerte, y vengo a rogarte que me mates.» «No puedo; Dios no quiere.» «Pues que vea yo a mi hijo. ¿Qué mal puede haber en que yo vea a mi hijo?. . .» «Sólo Dios, que tiene el poder infinito, podría concederte lo que pides.» «Una voz angelical me ha dicho a la orilla del lago que volveré a ver a mi hijo.» «Si era voz del cielo, será voz de verdad; mas yo creo que habrá sido alucinación de tu delirio.» «¿Tú también ¡oh Muerte! me desconsuelas?» Y en aquel instante quedó suspensa en extático arrobamiento la buena madre, porque volvía a oír la misma dulcísima voz que oyó a la orilla del lago.

Y decía la voz angélica: «¡Oh, madre buena, no te engañé! Vuelve a tu hogar, y allí hallarás en la cuna a tu hijo. Dios permite que le vuelvas a ver. El niño te dirá cuál es el destino que le está reservado en el mundo. Si después de oírle quieres que viva en la tierra, Dios te lo concede.» Calló la voz, y la madre buena creyó enloquecer de alegría. La seguridad que ya tenía de encontrar a su hijo dió alas a sus pies, que corrieron sin parar y sin que la pobre madre sintiera que los guijarros se los habían abierto

y manaban sangre sus delicados dedos. Llegó al fin a su hogar, corrió a la cuna, y ¡oh prodigio! allí estaba el niño. Pero también estaba allí la Muerte, que había corrido más que ella. «¿Qué haces aquí, Muerte?—le preguntó con enojo—. Nada tienes que hacer aquí; Dios me devuelve mi hijo.» «Yo no estoy nunca más que donde debo estar. Quien te ha permitido volver a ver a tu hijo, me ha mandado que venga aquí y presencie la entrevista. Pudieras necesitar-me.» «¡Yo! ¡qué locura!»



«Madre, madre amada mía—dijo el niño con voz semejante a la que la madre oyó junto al lago—; Dios quiere que sepas cuál es mi destino en el mundo, si quieres que me quede en la tierra. Madre, seré soldado y me separaré de ti; en la guerra pasaré muchos trabajos; seré herido muchas veces, y me tratarán con injusticia y crueldad. Irritado de la injusticia de los hombres, me haré bandido...» «¡Qué horror!», exclamó la madre. «Causaré gran estrago; haré desgraciados a muchos hermanos míos; seré la perdición de hijos buenos; las madres me maldecirán... El mundo entero oirá mi nombre con espanto, y...» «Calla, hijo, calla... ¡Maldecirte las madres!... ¡Oh! no, hijo amado mío. No, no quiero que estés en el mundo si has de ser malo, tan malo que han de maldecirte las madres.» «Ves—exclamó la Muerte—cómo era aquí necesaria mi presencia?» «En el jardín del Paraíso—continuó el niño—de donde he venido por la voluntad divina, vivo dichoso; desde allí te miro, oh madre, constantemente y te acompaño...» «¡Oh, hijo mío! vuelve, vuelve al jardín en que Dios te ha puesto—respondió la madre—; Dios te ama y me ama.»

«Sí, madre; para que no sea desgraciado en la tierra, Dios me llevó al Paraíso. Allí me encontrarás cuando Dios quiera. A las buenas madres, Dios las lleva al cielo con sus hijos.» «Cúm-

plase su voluntad», dijo la madre, e inclinó la cabeza sobre la cuna para besar a su hijo. Y sólo sintió en sus labios así como el roce suave del aleteo de una mariposa impalpable. Y la Muerte también había desaparecido. La buena madre, tranquila, resignada, obediente a la voluntad del Ser Supremo, levantó los ojos al cielo, y vió que el niño la sonreía en medio de una nube de grana en que *reflejaba* el sol esplendoroso que se elevaba sobre la inmensidad de los mares.—*Andersen*.

Desdichas de una madre cristiana

«Tu padre era hijo de un capitán mercante, que pereció en un naufragio. Su niño, que llevaba consigo, atado sobre una tabla, y ya sin sentido, fué recogido por una fragata española que hacía la travesía de Manila. Siguió en el barco y con el capitán que le había salvado, primero de grumete, luego de marino, y después de piloto, hasta que llegó a ser capitán de un bergantín que hacía el comercio entre Barcelona y Cuba.

«En Cuevitas, de donde soy natural, me conoció y nos casamos, permaneciendo yo allí mientras vivieron mis padres. Cuando faltaron, y no teniendo allí pariente alguno, determinamos establecernos en Barcelona. Embarcamos en el bergantín nuestra pequeña fortuna, invertida en mercancías, y contigo en brazos, pisé aquellas tablas, bien ajena de que nos llevaban a nuestra perdición.

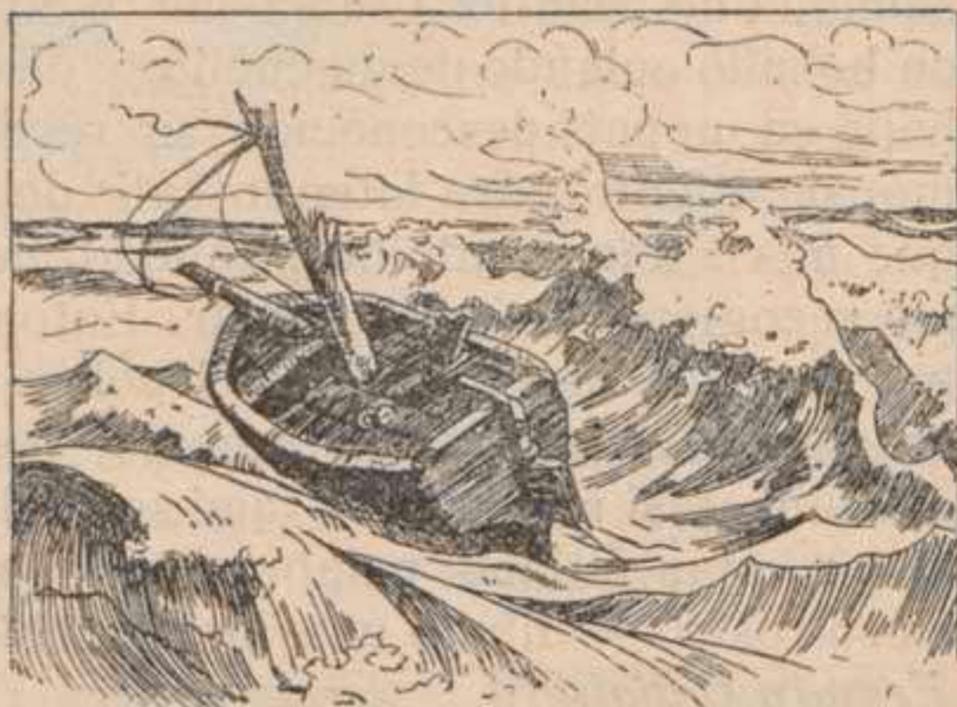
«No parece, hijo mío, sino que la mar y la tierra son dos enemigos encarnizados; el mar agresivo, amargo, iracundo, violento, invasor y mudable, como lo es todo lo inconsistente, provocando y embistiendo siempre al suelo firme que lo resiste, ya con fuertes rocas, ya con la humilde arena, al que alguna vez invade y cubre, pero sin poder avasallarlo nunca; ésta es la misma lucha que en el mundo moral sostienen el bien y el mal, la verdad y la mentira.

«Llegamos cerca del estrecho de Gibraltar; pero al aproxi-

marnos a estas costas, se declaró un furioso temporal, que no pudo resistir la embarcación, y el cual la arrojó sobre unas rocas escarpadas. En aquella situación desesperada, los marineros se echaron al mar para salvar sus vidas a nado; pero, juguetes de las olas, los vimos unos después de otros desaparecer.

»A pesar de eso y de mis súplicas y lágrimas, tu padre, después de haberme atado, teniéndote en mis brazos, sólidamente en la cofa, para que no nos arrastrasen tras sí las olas del furioso elemento, ató a su cintura una larga cuerda, cuyo otro extremo afianzó al barco, y se echó igualmente al mar, terrible pero único recurso de salvación que le quedaba.

»Yo, hijo mío, al verlo luchar y agitarse entre la vida y la muerte, viendo una y otra vez que, cuando creía asirse a una roca, se estrellaba sobre él una ola gigantesca, que en su retroceso, lo arrastraba consigo al abismo, me habría mil veces des-



mayado o perdido el juicio, si no hubiese recordado las últimas palabras de tu padre al ponerte en mis brazos: «No le abandones».

»Cuánto duró la lucha, lo ignoro; pero sé que, si hubiese durado más, habría sucumbido... Una furiosa y bramadora ráfaga del huracán, empujando ante sí una monstruosa ola que pasó sobre el barco, estremeciéndole, llegó al paraje en que tu padre, ya exhausto de fuerzas, luchaba aún, y lo sumergió, y la ráfaga pasó mugiendo: ¡Muere!»

La infeliz narradora calló, cruzó ambas manos sobre su pecho, y levantó al cielo su cara cubierta de lágrimas. «¿Y mi pobre padre?» preguntó llorando el niño. «Sí, hijo mío, cuando lo hubo matado el mar, le echó a la orilla como despreciado despojo. Recogido por unos guardias civiles, notaron éstos la cuerda que llevaba atada al cuerpo, la que les sirvió para preparar un aparato con el que les fué posible salvar nuestras vidas, expo-

niendo las tuyas con esa generosidad, ese valor y abnegación que tanto distingue, honra y enaltece a ese admirable cuerpo.»

»Nos trajeron a este pueblecito, que era el más cercano, y fuimos recogidos por un buen matrimonio anciano, que vivía aquí mismo, porque el marido era porquero del amo de quien hoy lo eres tú. ¡Así, entre pobres ruinas materiales y humanas hallaste, pobre hijo mío, tu primer y único amparo en esta vida!»

»Una grave enfermedad, producida en mí por este terrible acontecimiento, me impidió hacerme cargo de nuestra situación en las primeras semanas que siguieron a nuestro naufragio, y consumió la no cuantiosa suma que tu infeliz padre había puesto en un bolsillo colgado de mi cuello; y cuando pude volver en mí, me hallé en un país desconocido, sin recurso alguno y hasta sin ánimo, sin aliento para intentar salir de este pueblo. Los ancianos que nos habían dado hospitalidad, llegaron a morir; sus parientes recogieron su pobre ajuar. Entonces, el amo te ofreció ocupar la plaza de porquero del pobre anciano que solía llevarte consigo al campo, triste recurso, pero que era el solo que nos quedaba, y si nos faltase, ¿qué sería de nosotros?» El pobre niño, al oír estas últimas palabras, bajó la cabeza sobre su pecho, y en su rostro se dibujó una inexplicable expresión de angustia.—

Fernán Caballero.

Una obra de misericordia.

Delante de la puerta de la cocina hallábase una mañana, sentada al sol, Cipriana, la mujer del casero. Tenía colocado sobre su cabeza, para preservarla del contacto inmediato de los rayos del sol, un pañuelo doblado en cuatro dobleces cuadrados, de manera que caía uno de sus picos hacia adelante como una visera. Estaba ocupada en remendar una camisa de mujer que había lavado y que era un conjunto de remiendos de telas blancas de varios gruesos y géneros.

Desde el moral a una de las rejas de la casa, se extendía un tendedero, del cual colgaban pañales, fajas y camisetas, a quien

el sol acaba de dar un blanco esplendente. Una gallina cacareaba dando parte que había dado a luz con toda felicidad un robusto huevo, mientras las demás se solazaban al sol. Las abejas y su parodia las avispas, zumbaban por el aire como



diminutas zambombas. Un suave viento poniente vivificaba aquella naturaleza, ya meciendo suavemente los pañales y camisitas, como en su cuna mecía su madre al pequeño dueño de estas prendas; ya introduciéndose en la copa del moral y despertando

a las dormidas hojas que de esta libertad murmuraban entre sí; ya entrándose a aullar por una encrucijada para asustar a los niños; ya obligando a las erguidas adelfas a bajarle sus bellas cabezas en un cortés saludo... Un grupo de niños había sentado sus reales debajo del potente moral, y uno de ellos como de tres años, estaba tendido a la larga, sirviéndole como de almohada un perro, acostado como él en el suelo.



«Joaquinillo, le dijo su hermana, que tenía cinco años; no te echés sobre Cubilón, que te va a dar pulgas». «¡Qué le había de dar! opinó un mozo de siete años; se llevará las que tenga, que las pulgas están más a gusto con los perros, que no se meten con

ellas que no con las gentes, que las cogen y las matan». «¿Sabes tú, Purita, que el coco y la pulga se quieren casar?» «¿Quién te lo ha dicho?» «La gente. Pero es el caso que:

1. La pulga y el coco se quieren casar, y no se han casado por falta de pan.
2. Salió una hormiga de su hormigal: «hágase la boda que yo pongo el pan.»
3. Albricias, albricias, que ya pan tenemos; ahora la carne, ¿dónde la hallaremos?
4. Asomóse un lobo por aquellos cerros; «hágase la boda, yo pongo un carnero.»
5. Albricias, albricias, ya carne tenemos; ahora la berza; ¿dónde la hallaremos?
6. Salió un cigarrón de entre aquellas huertas; «hágase la boda, yo pongo la berza.»
7. Albricias, albricias, ya berza tenemos; pero ahora el vino, ¿dónde lo hallaremos?
8. Salióse un mosquito de un calabacino; «hágase la boda que yo pondré el vino.»
9. Albricias, albricias, que vino tenemos; ahora la cama ¿dónde la hallaremos?
10. Acudió un erizo tendiendo sus lanas; «hágase la boda, yo pongo la cama.»
11. Albricias, albricias, que cama tenemos; por falta de cura no nos casaremos.
12. Se asomó un lagarto por una hendidura; «hágase la boda, que yo seré el cura.»
13. Albricias, albricias, que cura tenemos; ahora el padrino, ¿dónde le hallaremos?
14. Salió un ratoncito de un montón de trigo; «hágase la boda, yo seré el padrino.»
15. Albricias, albricias, padrino tenemos; ahora la madrina, ¿dónde la hallaremos?
16. Saltó una gatita de aquella cocina; «hágase la boda, yo soy la madrina.»
17. En mitad de la boda se armó un desaliño; saltó la madrina y se comió al padrino.

Mientras Pura escuchaba con la boca abierta la relación de la boda de la pulga y el coco, había entrado en el corral una anciana, que era de tan pobre traza y humilde aspecto, que sin hablar, pedía elocuentemente socorro. «Ahí está, dijo Pura, la tía Ana. Joselillo, bien podías darle el cuarto que te ha dado tu madrina.» «Conque, estoy juntando desde ayer para mercar un trompo, y no he *juntao naa*, respondió su hermano; y ¡le iría a dar mi cuarto! Caramba, y ¡qué dadivosa eres con lo que no es tuyo!» «Y de lo mío lo propio; y para que lo sepas, roñoso, le voy a dar el huevo que me puso mi gallina.» Y esto diciendo, encaminóse la niña hacia la pobre vieja, llevando su huevo en la mano, tan radiante y ufana cual si llevase a la reina un estandarte ganado en Tetuán. Entretanto decía Cipriana a la recién venida:

«Siéntese usted, tía Ana, que ya le estoy acabando de remendar la camisa que le he lavado, y le sacaré, en rematando, unas habitas de un guiso que tengo puesto». «Dios te lo pague, contestó la mendiga. Ay, hija mía; si no fuera por las buenas almas, ¿qué sería de tantos pobres que, como yo, ni lo tienen, ni lo pueden ganar?» «Por eso mismo manda Dios que nos socorramos los unos a los otros y nos miremos como hermanos.» «Las penas me están crucificando sin acabarme de matar, Cipriana. No hallo descanso ni de día, ni de noche, pues los dolores del cuerpo y las penas del alma a la par me acosan». «Señora, contestó Cipriana, ya sabe usted que el camino del cielo es cuesta arriba y muy penoso y cansado, y el del infierno es cuesta abajo, muy gustoso y ligero de andar. Así vamos caminando con valor cuesta arriba; que mientras más agria, empinada y penosa de subir sea la cuesta, más pronto y seguro se llega.—*F. Caballero.*

Episodio de la batalla de Trafalgar

Gravina agonizaba en la cámara, y el navío *Príncipe de Asturias* volvía a Cádiz desmantelado, al mando de un hombre que entró en el combate con tres hijos y volvía a su hogar con uno solo, el más joven, guardia marina de pocos años. La tempestad

arreció al promediar la noche, y fué necesario picar un palo, que quiso la desgracia quedase sujeto por un cable a la cofa haciéndole escorar con riesgo cierto de hundirse: tres gavieros subieron uno tras otro a cortar el cable, y a los tres los arrebató la borrasca y los sepultaron las olas. Entonces, aquel hombre de hierro que vió a la diezmada tripulación temblar ante la horrible obediencia, volvióse a su hijo, único que le quedaba, ídolo de su corazón y esperanza última de una gran familia, y díjole tan sólo: «Señor guardia marina, a Vd. le toca.»

El niño, con el hacha entre los dientes, trepó hasta la cofa, y porque la Virgen María le ayudó, cortó el cable. Y en medio de este profundo silencio que ata las lenguas y humedece los ojos, cuando lo sublime embarga el corazón y levanta el pecho con el temblor de un sollozo, volvióse Benhacel lentamente al viejo Duque, y añadió mostrándolo: «Aquel guardia marina niño era mi abuelo. El héroe era su padre. El mío, prosiguió con una voz en que se notaban dejos de llanto, sirvió también a su rey en la Armada real, hasta el año sesenta y ocho; en el mes de septiembre se arrancó los entorchados y rompió su espada. Yo, señor, desenvainé la mía por primera vez en la batalla de Alcolea, y fiel a las tradiciones de mi raza, vengo a ofreceros hoy como Grande lo que yo os dí como soldado.» Y al llevar, diciendo esto, la mano derecha a la empuñadura de la espada, vieron todos que le faltaban en aquélla los dos dedos de en medio. Un casco de granada se los arrancó en Alcolea.—*Coloma.*

Una petición desoída

Una tibia noche de otoño se había dejado caer más negra que Viernes Santo, más callada que un cementerio. La señora se había sentado junto a una ventana, ocupada en su labor; la moza y yo platicábamos, dándole cuerda al reloj, que señalaba las doce, cuando de repente fué interrumpido el silencio por un grito agudo que resonó a poca distancia del caserío, y que decía: «¿No

«hay quien me favorezca?» La señora saltó de su asiento más blanca que una imágen de piedra. «¿Qué es eso?, exclamó despa- vorida.» «¿Qué ha de ser?—respondí—; algún infeliz que pide socorro.» «Llamad a vuestro marido—exclamó la señora—y a vuestros hijos. ¡Jesús! Que no pierdan tiempo en socorrerle.» Pero mi marido se negó a ir. «Señora—le dijo—, haré cuanto su merced me mande; pero en cuanto a eso, es imposible. Ese es un engaño de los que suelen valerse esos desalmados, como ha sucedido ya muchas veces, para que les abran las puertas de las haciendas, en las que se arrojan enseguida a saquearlas.»

La señora se estremeció y dejó de insistir, pero en aquel ins- tante volvió a

oírse el grito más angustioso:

«¿No hay quien me favorezca?...»

La señora, al oír estas palabras, se dejó caer más muerta que viva sobre una silla. Curro y mis hi- jos tomaron en-



tonces sus escopetas haciendo de vigías y dando vueltas por el patio. Así pasó aquella lóbrega noche oyendo de rato en rato aquel clamor, siempre el mismo: «¿No hay quien me favorezca?» Pero cada vez fué más de tarde en tarde, cada vez más plañi- dero, cada vez más débil, hasta que se fundió en un gemido, en un suspiro, en un estertor. No pintaré la noche que pasamos, en particular la señora, que no sabía dónde huir de aquel espantoso clamor que en el silencio de aquella noche de calma... A la ma- ñana siguiente subió mi marido al mirador, y habiéndose cercio- rado de que cuanto alcanzaba su vista todo estaba solo y tran- quilo, abrió la puerta, salió, y halló al pie de la cruz un hombre muerto.—*F. Caballero.*

Un modelo de caridad

En el año 1804, año en que perecían los pobres de necesidad, y en que valían los granos y semillas sumas fabulosas, tenía Don Martín sus graneros atestados con el producto de una rica cosecha de garbanzos. Cada día hacía que en su presencia se distribuyesen a los pobres: cada niño llevaba una taza; cada mujer,



dos, y cada hombre que se presentaba, tres. Una mañana en que aún dormía Don Martín, le despertó el mayordomo. «Señor—le dijo—, ahí están unos arrieros de Sevilla con mucha prisa y mayor empeño por llevarse los garbanzos.» «¿Prisa?—exclamó Don Martín—. ¡Pláceme! Diles que me levantaré a mi hora, que iré a misa a mi hora, y que después, cuando sean las nueve, me podrán hablar.»

Y Don Martín se volvió a dormir. Levantándose a su hora, hizo todo lo que tenía de costumbre, y a las nueve salió al patio en que le aguardaban los arrieros y todos los pobres que socorría. «¡Dios guarde a ustedes, caballeros!—dijo con su campanuda voz, dirigiéndose a los primeros—. ¿Conque se quieren llevar los garbanzos, eh?» «Sí, señor, Don Martín, y por el precio no hemos de reñir; que acá traemos plata para pagarlos, mas que fuesen de oro.» «Y pueden ustedes poner que de oro son—observó el mayordomo—. A 600 reales fanega se los acaban de pagar a Don Alonso Prieto.» «Ya lo sabemos—contestaron los arrieros.—Señor Don

Martín, se puso su merced las botas hogaño.» «Pues, señores, siento decir a ustedes que han echado el viaje en balde, puesto que no puedo vender los garbanzos, porque no son míos.» «¿Que no son de su merced? Vamos, señor, ¿se está su merced burlando?» «Que no son míos, digo. ¿Lo sabré yo, caracoles?» «Pues, ¿de quien son, señor?» «De éstos—respondió Don Martín,

señalando a los pobres—. Preguntadles a ellos si los quieren vender. ¿Se venden los garbanzos, hijos?—gritó con la voz de bajo que siempre tuvo. Un clamoreo de angustia y súplica se alzó al cielo.—*F. Caballero.*

Un juez resuelto

Murió un hombre rico y dejó una limosna de doce onzas para los doce pobres más necesitados del pueblo. Entre éstos señaló el cura, que era el encargado de nombrarlos, a la tía *Pae Santa* que tiene tres vejeces: una de penas, otra de trabajos y otra de años, sin más que un día sobre otro. Pero el albacea, que está muy retebién acomodado, pero que es más duro que los guijarros de Villamalsilla, y más agarrado que las piñas del Segura, no había forma que le entregase la manda, y no le daba más que entretenederas. Venga Ud. mañana, vuelva Ud. pasado... «Tía *Pae Santa*, le decíamos todos, si no echa usted por otro camino, cobrará Ud. cuando lluevan pasas; no tiene Ud. más remedio que acudir al juez.» Y tanto le dijimos, que la pobre, aunque es más encogida y metida en su concha que un galápago, porque la miseria amilana mucho, se presentó a su señoría y le dijo su queja. El juez le dijo con muchísima crianza que se sentase, y mandó llamar a tal. Cuando llegó, le preguntó con esa cara tan hermosa y respetuosa que tiene, si era verdad lo que aquella desdichada le había dicho. ¡Ya se ve! no lo pudo negar; pero como no tiene ni chispita de carmin en la cara, le respondió con la frescura del mundo, que el difunto no había señalado plazo para la entrega de las mandas.



La pobre tía *Pae Santa* que ve muy cercano el día de su muerte, se echó a llorar por su cara abajo. Entonces el juez se levantó, sacó una onza, que le dió a aquella infeliz, y encarándose con el alma de corcho de albacea, le dijo: «De aquí en adelante me debe Vd. esta onza a mí», y le volvió la espalda.—*F. Caballero.*

Cuento histórico.

En la provincia de Córdoba, a seis leguas de la capital, a orillas del río Guadajoso, se halla el pueblo de Castro. Por privilegio concedido por el rey Alfonso XI, en Ecija, año 1351, mandó el soberano que tomase nombre Castro La Leal. En 1565 compró don Alonso Fernández de Córdoba al rey don Felipe II, el pueblo de Castro, en ciento y tantos millones de maravedises. Los habitantes de Castro, que querían permanecer realengos, llevaron muy a mal esta venta. Desde últimos del siglo XVII, se hallaba unido el pueblo de Castro a la casa de Medinaceli con cuyos duques sostuvo grandes pleitos solicitando la reversión a la Corona; y desde entonces era muy usada por los pueblos colindantes una frase que para mortificar a los habitantes de Castro se les dirigía en tono de broma, y es ésta: «¿Usted será de los que dicen: viva el duque, mi señor?» Esto lo miraban como



un insulto; y el castreño que la pronunciase afirmativamente, esto es que reconociese al duque por su señor, no sólo le miraban sus convecinos como deshonorado, sino que era cruelmente castigado por ellos.

Tal sucedió a un pobre despreocupado, que por una libra de tocino que le prometieron, prorrumpió en vivas al duque, su señor. Sabido esto por sus paisanos, le dieron un manteo de tal calidad, que salió de él con un ojo y algunos dientes menos. Campesinos de los cortijos inmediatos al término de Castro, han intentado obligar a los zagalillos de ganado a pronunciar la anatematizada frase, y no han podido conseguirlo ni aun colgando con brutal crueldad a los pobres niños por los pies a un árbol, y encendiendo por debajo una hoguera de hojarasca, cuyo humo los habría sofocado a no haber hecho cesar a tiempo la bárbara prueba, sin haber logrado su intento.

Esta tenacidad secular en no querer reconocer otro señor que el rey, ha dado lugar a lances serios, y lo ha dado también a chistes y burlas, como no podía por menos de suceder en Anda-

lucía; y no es el menos gracioso el asegurar los burlones que cuando los castreños rezan las letanías, en llegando el que lleva el rezo a la advocación de la Virgen, *Janua cæli*, entendiendo los demás que dice *Medinaceli*, en lugar de *ora pro nobis*, responden en voz grave: *pase, pase*.—*F. Caballero*.

El labrador y el diablo

Un labrador acababa de arar su campo, y se preparaba para volver a su casa porque la noche ya se le venía encima. Vió entonces a su gran sorpresa, al fin de su heredad, un montón de brasas; y cuando quiso averiguar lo que aquello podía ser, cayó en la cuenta que un diablillo, negro como el carbón, estaba sentado encima de aquel brasero. «Estarás sentado sobre un tesoro, le dijo el labrador que se le había acercado». «Por cierto sobre un tesoro que más oro y plata tiene que tú verás en toda tu vida». «Pues, mal sujeto, has de saber que estás en mi heredad y como tal, que es mío». «Tuyo es, si durante dos años seguidos me das la mitad de lo que produzca tu campo; dinero tengo bastante; lo que me hace falta es el fruto de la tierra». «Te será concedido lo que pides; y a fin de que haya acuerdo en el reparto, te daré lo que está encima del suelo». «Bueno, contestó el diablillo».



El astuto labrador sembró nabos. Pasó el año; y cuando el diablillo se presentó para recoger lo que, por mutuo convenio, le correspondía, no encontró más que hojas lacias y amarillas; y el baturro, contento como unas pascuas, se llevó a su casa los

nabos. «Tunante, me has engañado, lo reconozco, le dice el diablillo; hagamos otro trato; zorro, muy zorro has de ser si me llamas a engaño por segunda vez; te diré que esta vez será tuyo lo que esté dentro de tierra y mío lo de encima». «Conforme, contestóle el labrador». Vino el tiempo de la sementera, y el labrador sembró trigo. Maduró la cosecha, y vinieron sus criados con grandes carros y se la llevaron. También vino el diablo y pidió su parte. «Allá la tienes, señorito, contestóle el labrador enseñándole el campo. Mucho sabe la zorra, pero más quien la toma, reza el proverbio». El demonio enfurecido desapareció como una exhalación y no se le volvió más a ver por aquellos contornos.

Triple negación de Pedro

La vivacidad e impaciencia de carácter tienen alborotado a San Pedro y sin poder sosegar. Tan pronto estaba sentado como de pie; ahora se acercaba a éste, ahora a aquél; ya se arrimaba a los que estaban al fuego, ya se retiraba haciendo ademán de distraerse de la conversación. Advirtió en esta inquietud y afectada indiferencia de Pedro la criada que le había abierto la puerta, y clavando en él su escudriñadora mirada le dijo: «¿Eres tú, por ventura, de los discípulos de este hombre?». Es posible que le hubiese visto alguna vez acompañando a Jesús, ya en el templo, ya en la entrada triunfal en Jerusalén, ya en alguna de las infinitas ocasiones en que andaba Jesús por las calles de la santa ciudad; tal vez el traje de Pedro y su aire y ademán, evidentemente forastero, le harían sospechoso a la criada; o quizá no fuese la pregunta de ésta más que una de tantas ideas y caprichos que asaltan súbitamente el ánimo, sin razón o motivo que los justifique. El caso fué que como la portera reparase en él con más atención, y observase su traza y semblante, y con perspicacia femenil leyese en la fisonomía de Pedro, iluminada a la sazón por las reverberaciones de la lumbre que destellaba de en medio del patio, el efecto que en él habían causado sus palabras,

se puso a repetir su dicho con insistencia particular: «Si, tú estabas con Jesús el Galileo, el Nazareno». Callaba a esto Simón Pedro, maldiciendo su suerte y enviando enhoramala a aquella mujer, que tan importuna y descaradamente le estaba comprometiéndolo. Pero como la criada persistiese más y más en su dicho, y la gente empezase a reparar en él y asentir, a su parecer, al dicho de la criada, con voz resuelta y esforzada dijo: «No soy, mujer; ni sé ni entiendo lo que dices».

Esta negativa de Pedro no bien salida de sus labios, levantó en su corazón terrible tempestad de remordimientos y de crueles congojas. El recuerdo de las reiteradas promesas hechas a su buen Maestro sobre que jamás por jamás le negaría, y ahora por él y tan pronto y por motivos tan livianos quebrantadas; la injuria hecha a Jesús, negándole a su vista, y su debilidad y flaqueza de ánimo, que no había resistido ante el dicho de una criada, le llenaban de confusión y vergüenza. Turbado e inquieto en su conciencia, no sabía qué hacer ni qué partido tomar; sentía lo pasado y aun tal vez temía sobre lo que podía suceder en adelante; pero engreído y confiado, y creyendo



quizá que los que habían oído la conversación que había tenido con la criada, con la trisca y algazara de los que entraban y salían, no habían hecho gran caso de ello, persuadiéndose quizá que con la terminante negativa que le había dado, les había quitado toda sospecha de que realmente pudiese ser de los discípulos de Jesús, fué aquietándose su conciencia y hallando cierta paz y serenidad, y aun dándose tal vez por feliz por haber escapado a tan poca costa del lazo que le había tendido la mujercilla.

Mientras andaba así distraído, sólo con sus pensamientos, oyó que el gallo cantaba la primera vez. Esto sería como a las tres de la madrugada. Aquel grito del gallo, que tan a deshora llegó a los oídos de Pedro, no pudo menos de traerle a la memoria lo que con tanta insistencia le había prevenido Jesús sobre su futura negación y deslealtad. Recordando lo que acababa de pasarle, bien hubiera querido Pedro salir de la casa en que temerariamente había entrado; pero retenido por el cariño que profesaba a Jesús, a pesar del peligro que podía correr en ella, prefirió quedarse allí para ver en qué paraba aquella tragedia, en la que tanto podían peligrar la honra y la vida de su Maestro. Así batallaban en aquel generoso, pero demasiado confiado corazón, el temor y el amor, el miedo de ser desleal a Jesús, y el deseo de no apartarse de él y de ver todos los trances de su causa.

En aquella hora cundía mucho el ruido de gente, así en el atrio como en los corredores y galerías del palacio de Caifás. La noticia de la prisión de Jesús había corrido como una exhalación por toda la ciudad de Jerusalén. La excitación promovida había sido muy grande en todas partes, y en especial en el Templo, donde estaban los mayores enemigos del santo Maestro. Al ser avisados éstos por los emisarios del Sumo Pontífice, para tomar parte en el juicio que se iba a formar, no se harían mucho de rogar para acudir al llamamiento; antes es de suponer que los más acudirían de suyo antes que los llamase su Presidente. Era de ver cómo uno tras otro, o formando pequeños grupos, iban entrando en el palacio del Pontífice, graves y mesurados, y envueltos en sus amplios y autorizados trajes, atravesando primero el patio, y subiendo luego a la parte superior de la casa, donde les estaba aguardando José Caifás, que estaba por entonces en privada audiencia con Jesús. Mientras tanto, quedaban en la planta baja del palacio los criados de que venían acompañados, aumentándose en esto la bulla y batahola en el patio, donde, como es dicho, estaban los criados del Pontífice charlando y calentándose al fuego...

Estando Pedro cerca de la puerta, hubo de tropezar de nuevo con la criada que poco antes le había puesto en tan malaventurado aprieto. Esquivábase de ella Pedro cuanto podía; pero cuanto él más huía de ella, tanto más se fijaba y detenía ella en él. Molestá-

bale a Pedro tanta pesadez, y hubiera dado cualquier cosa por verse libre de tan importuna curiosidad. Conocía la criada la molestia y enojo de Pedro, y por lo mismo, con porfía mujeril persistía más en su idea, tanto que señalándole con la mano, decía a unos y a otros con desenfadada aseveración: «Este es uno de ellos.» Carcomíase Pedro al dicho de la criada, sintiendo en su interior negrísima angustia al verse tan porfiadamente acosado y puesto en evidencia delante de todos por aquella mozuela; y fué mayor su angustia cuando acercándosele otra criada, amaestrada sin duda por la primera, le señaló con el dedo a los presentes, diciendo con desenvoltura: «También éste estaba con Jesús Nazareno.» Estas palabras avivaron la curiosidad de los que estaban cerca... Y afirmándose en su pensamiento, le decían unos: «Tú también eres de entre ellos»; y otros: «¿Acaso no eres tú también de los discípulos de él?»

Hostigado Pedro por tantas importunaciones, sentía encendersele la sangre y convertirse su cabeza en un volcán; conteníase el pobre cuanto podía; mas tanto le molestaron e importunaron, que al fin, sin ser poderoso, dijo: «¡No soy, oh hombre, no soy»; y añadiendo a la negación el juramento, repetía: «No conozco tal hombre!»...

Habiendo pasado un intervalo como de una hora después de la segunda negación, cuando andaba Pedro entre la gente más seguro y confiado, se le acercó uno de los que estaban en el corro calentándose con él al fuego, y mirándole de hito en hito, hubo de ver en su talle y fisonomía algo extraño y caer en la misma sospecha en que ya habían otros caído; así mostrándole a los demás, decía: «A decir verdad, también éste estaba con él, porque también es galileo»...

Azorábase Pedro hostigado por tantos enemigos, volviendo la vista a todas partes, balbuceando entre sí y tratando de salir como pudiese de aquel aprieto. Y más se azoró y alborotó cuando uno de los criados del Pontífice, pariente de aquél a quien había cortado la oreja aquella misma noche en el huerto de Getsemaní, que también había estado en la comitiva de los que habían prendido a Jesús, le dijo con grande aseveración: «¿No te vi yo, por ventura, en el huerto con él?» Poco aguardaba sin duda Pedro este recuerdo de su malaventurada hazaña de Getsemaní;

así terriblemente sorprendido, revolviéndose al que le ponía en tal aprieto, le dijo con desesperado enojo: «Hombre, no sé lo que dices»; y atolondrándose más y más, y ya impaciente y fuera de sí, comenzó a blasfemar y a jurar, diciendo: «No conozco a ese hombre que decís».

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando cantó el gallo la tercera vez. Este canto trajo a la memoria de Simón Pedro las proféticas palabras que le había dicho su Maestro. «Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres». —
M. Mir.



La huída a Egipto

DESPUÉS de llegar a Belén la Sagrada Familia, y hallándose San José descansando de las fatigas del viaje, se le apareció en sueños el ángel del Señor y le dijo: «Levántate, toma al Niño y a la Madre, y huye a Egipto; pues Herodes busca al Infantito para matarle». ¡Quien puede ponderar el sobresalto que recibió San José al oír del celestial heraldo los sanguinarios propósitos del tirano! José, solícito y obediente, trata de salvar al instante las

prendas de su alma, huyendo aquella misma noche de las insidias de Herodes. Para llegar a Egipto era preciso un viaje largo de unas dieciséis a veinte jornadas; el camino era escabroso, desconocido, a trechos lleno de bosques, a trechos interrumpido por pesadísimos arenales; el tiempo, como de invierno, desagradable e inseguro; sin guías, sin vituallas, sin suficientes alivios para conllevar las inclemencias de la estación y los sustos inevitables en riesgo tan inminente. Además, ¿adonde irá el Santo Patriarca con el Niño, que no puede dar un paso; con la Virgen Santísima, de unos dieciséis años de edad, tan joven como delicada, sin estar hecha a tales fatigas? ¿Qué tribulación mayor po-

día sobrevenir a un padre y esposo como San José? ¡Qué angustias las tuyas! ¡Pobrecitos! Tendrían que dormir al sereno, en la fría arena o debajo de un árbol. Se verían expuestos a las injurias del tiempo, y correrían riesgo de caer en manos de ladrones o en las garras de fieras indómitas. Pero San José pone en cumplimiento, con toda prontitud, sumisión y diligencia, la voluntad de Dios manifestada por el ángel.

Levantóse de noche, tomó a Jesús y María y puso en salvo sus vidas huyendo a Egipto, en donde, según creencia autorizada por la tradición, permanecieron cerca de siete años, viviendo en la pequeña ciudad de Heliópolis, patria de la esposa del antiguo José. Habíanse ya acogido allí muchos israelitas fugitivos en tiempo de persecuciones, quienes no sólo recibieron refugio por parte del rey egipcio, sino que fueron autorizados para erigir una sinagoga.

El deshollinador

Ayer fuí al Colegio de las niñas para recoger a mi hermanita, llevando de la mano a Luisito. Al llegar, empezaban a salir las muchas muchachas que hay allí. Frente a la puerta del Colegio, en la otra acera, estaba con un codo apoyado en la pared y con la frente apoyada en la mano, un deshollinador muy pequeño, de cara completamente negra, con su saco y su raspador, y lloraba y sollozaba amargamente. Dos o tres muchachas de la segunda sección se le acercaron y le dijeron: «¿Qué tienes que lloras de esta manera?» Pero él no respondía y continuaba llorando. «Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?», repetían las niñas. Y entonces él separó el rostro de la mano, un rostro infantil, y dijo gimiendo que había estado en varias casas a limpiar las chimeneas; que había ganado seis reales, y los había perdido porque se le escurrieron por el agujero de un bolsillo roto, y no se atrevía a volver a su casa sin los cuartos. «El amo me pega», dijo sollozando; y volvió a la misma postura que antes tenía, como un desesperado.

Las niñas se quedaron mirándole muy serias. Entretanto se habían acercado otras muchachas, grandes y pequeñas, pobres y acomodadas, con sus carteras bajo el brazo; y una de las mayores, que llevaba una pluma azul en el sombrero, sacó del bolsillo diez céntimos y dijo: «No tengo más que esto que ves; hagamos la colecta.» «También tengo yo diez, dijo otra vestida de encarnado, y podemos entre todas reunir hasta lo que falta.» Entonces comenzaron a llamarse: «¡Amalia, Luisa, Anita, eh, cuartos! Tú, ¿quién tiene cuartos? Vengan cuartos.» Muchas llevaban dinero para comprar flores o cuadernos, y lo entregaban en seguida. Algunas, las más pequeñas, sólo pudieron dar cinco céntimos. La de la pluma azul recogía todo y lo contaba en voz alta: «Ocho, diez, quince;» pero hacía falta más. Entonces llegó la mayor de todas, que parecía una maestra, y dió un real; y todas le hicieron una ovación. Pero faltaban aún treinta y cinco céntimos. «Ahora vienen las de la cuarta», dijo una.



Las de la clase cuarta llegaron y los cuartos llovieron. Todas se arremolinaban, y era un espectáculo hermoso ver a aquel pobre deshollinador en medio de aquellos vestidos de tantos colores, de todo aquel círculo de plumas, de lazos y de rizos. Los seis reales se habían ya reunido, y aun pasaban; y las más pequeñas, que no tenían dinero, se abrían paso entre las mayores llevando sus ramitos de flores, por darle también algo. Entonces se enjugó los ojos el pobre deshollinador, con las manos llenas de dinero y ostentando ramitos de flores en los ojales de la chaqueta, en los bolsillos, en el sombrero, y hasta había flores por el suelo rodeando sus pies. —

Amicis.

Rodolfo, emperador de Alemania

Un noble caballero hallábase cazando gamos. Detrás de él iba su escudero con las armas de caza; y cuando, montado en su magnífico caballo, pasaba por una pradera, oyó a lo lejos el tañido de una campanilla. Era un sacerdote con el cuerpo del Señor; delante iba el monaguillo. El conde echó pie a tierra; y se descubrió humildemente la cabeza, para venerar con verdadero sentimiento cristiano al Redentor de todos los hombres. Un arroyuelo, engrosado por las aguas del vecino monte, murmuraba a través del campo cerrando el paso a los caminantes. El sacerdote dejó por un momento el Sacramento a un lado, se descalzó rápidamente y se disponía a atravesar el arroyo, cuando el conde, que le contemplaba admirado, le preguntó: «¿Qué haces?» «Señor, voy a un moribundo para administrarle el Santo Viático, y me descalzo para pasar el río.» Al oír esto, el conde le ayudó a montar en su brioso caballo y le ofreció las magníficas riendas, para que, cumpliendo su santo deber, confortara



al enfermo que suspiraba por recibir el último consuelo de la religión; en tanto que él, montado en la cabalgadura de su escudero, continuó recreándose en el ejercicio de la caza.

A la mañana siguiente, llevándole respetuosamente de la brida y con mirada de gratitud, devolvió el sacerdote al conde su magnífico corcel. «No permita Dios, exclamó el conde, que en adelante vuelva yo a montar para la guerra y la caza el caballo que ha llevado a mi Criador. No lo emplees para tu propio uso,

sino conságralo al servicio del Señor y sea él tu compañero en tus visitas a los enfermos.» La noticia de este hecho se publicó muy pronto por todos los valles de Suiza y de las demás provincias de Alemania y Austria. Cuenta la leyenda que por aquel tiempo predijo al conde una santa religiosa que sería grandemente honrado en este mundo porque había honrado humildemente con su corazón al Rey de los cielos. El príncipe se llamaba Rodolfo, conde de Habsburgo, landgrave de la alta Alsacia, que pocos años después fué coronado emperador de Alemania; y sus descendientes reinaron en Austria hasta finalizar la gran guerra europea.

Las tres preguntas de Federico el Grande

Federico el Grande tenía la costumbre, siempre que veía a un soldado nuevo en su Guardia, de hacerle las tres preguntas siguientes:



La lámina recuerda la valentía de este rey.

1.^a ¿Qué edad tienes? 2.^a ¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi guardia? 3.^a ¿Te dan el plus y el vestuario correspondiente? Un joven francés, buen mozo, fué admitido a servir en la Guardia del rey. El capitán de la compañía le advirtió de las tres preguntas que le

haría el Rey la primera vez que le viese; y como no sabía aun el alemán, le hizo aprender de memoria las tres contestaciones que

debía dar. El día siguiente entró de guardia en Palacio, y Federico, al verle, le hizo el interrogatorio de costumbre, pero comenzó casualmente por la segunda pregunta: «¿Cuánto tiempo hace que sirves en mi guardia?» «Veintiún años», respondió el soldado. Chocándole al rey que un mozo tan joven llevase ya tanto tiempo en su servicio, le preguntó: «¿Qué edad tienes?» «Un año, señor.» Asombrado entonces Federico, continuó: «Creo que tú o yo estamos locos.» «Uno y otro», respondió el soldado dando la tercera contestación que se había aprendido de memoria. «¡Qué diantre!, exclamó Federico sonriéndose; ésta es la primera vez que me oigo tratar de loco por mis soldados», porque comprendió que el joven soldado no entendía una palabra de alemán, y le aconsejó, bondadosamente, que procurase aprender cuanto antes el idioma que se hablaba en su Estado.

Muerte de Jesucristo

Levantado en el aire y enclavado en la cruz está Jesús consumando la obra de la Redención del linaje humano a que vino a este mundo... Ofrece el sacrificio de su vida, sujeto a un madero afrentoso, más que con los clavos crueles, con la fuerza invencible de su caridad. Alzado como señal de salvación en medio de la tierra, tiene a su vista la ilustre ciudad de Jerusalén, elegida antes por Dios para su especial morada, y que, sorda hoy a la voz del Señor, y no queriendo reconocer el tiempo de sus misericordias, provoca contra sí la indignación de su justicia. Al mismo tiempo que se levanta en el Calvario la cruz de donde pende Jesús, en las calles y plazas, en los atrios del Templo y en las puertas de las Sinagogas, hierve una muchedumbre innumerable de forasteros que de todas partes del globo han acudido a la santa ciudad para celebrar la fiesta principal de la Pascua, que colma de incomparable regocijo los pechos de los israelitas. En medio de este alborozo universal, un pensamiento ha venido a entristecer a gran número de los que están reunidos en Jerusalén.

Pocos había, a la verdad, entre ellos que no hubiesen oído hablar de Jesús. Muchos le habían visto en sus peregrinaciones; algunos le estaban obligados por favores y obras caritativas... Todos, en fin, recordaban el suave acento de su voz, la apacibilidad de su semblante, la bondadosa sonrisa que ondeaba en sus labios y el casto centelleo de su mirada... Así es que, cuando

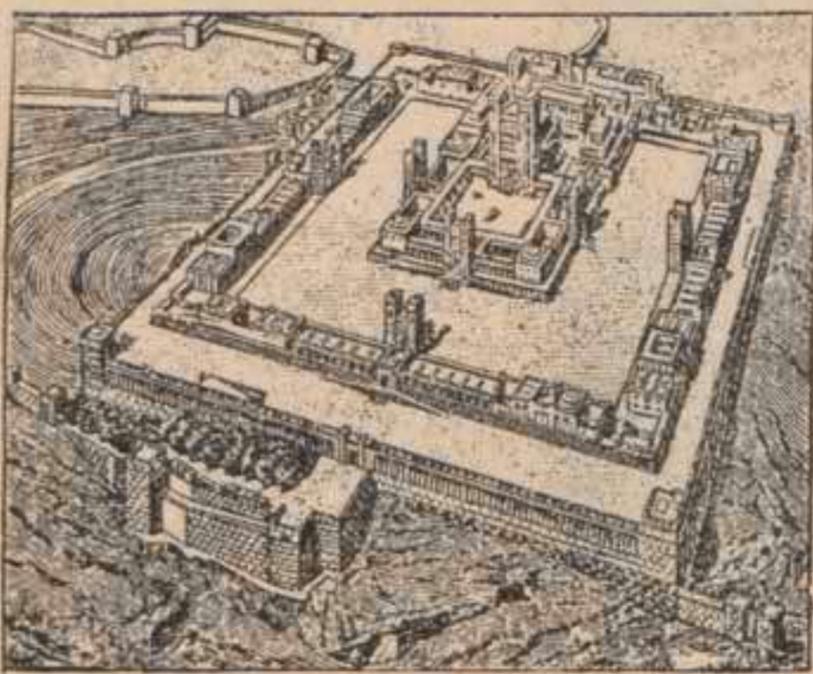


oían decir que aquel hombre tan bueno, tan manso y humilde de corazón que se oyó jamás en Israel, había sido preso por las autoridades religiosas de la nación y llevado al Procurador romano y acusado de crímenes de pena capital y condenado a muerte de cruz; cuando les aseguraban que estaba ya colgado del ignominioso patíbulo, mirábanse espantados unos a otros; y llenos de congojosa ansiedad, acudían al lugar del suplicio para saber de él. Y al llegar allí y al ver pendiente en el aire y entre dos ladrones, cual si fuera su capitán, a aquel florido mancebo, milagro de santidad e inocencia, gloria de Israel y gran predicador y profeta...; y al pasar detenidamente la vista por el cuerpo santísimo todo herido, llagado y corriendo sangre, la admiración y el asombro embargaban las almas. Mirábanle y remirábanle

espantados... Así penaba en la cruz, expuesto a las miradas del pueblo, aquel Señor poderoso en obras y en palabras, cuya vida santísima y cuyas acciones y obras prodigiosas daban claro testimonio de ser, no solamente gran Profeta, sino Hijo de Dios, Maestro de Israel y Redentor del Mundo.—*M. Mir.*

Sitio y destrucción de la ciudad y templo de Jerusalén

Profecía.—Al llegar cerca de Jerusalén, poniéndose Jesús a mirar a esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: «¡Ah, si conocieses también tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos. Días vendrán sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, te rodearán y te estrecharán por todas partes; te arrasarán con tus hijos que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.»



El hambre durante el sitio de la ciudad.—Ya en junio faltaba el grano para la venta pública; y muchos entregaron cuanto tenían por una fanega de trigo. Era una situación miserable, cuyo relato llena de lágrimas los ojos. El hambre ahogó todos los buenos sentimientos; los hijos arrancaban de la boca de sus padres los pedazos que éstos comían; y, cosa más lamentable, las madres hacían lo mismo con sus criaturas. Muchos ciudadanos pobres salían de noche de la

mían; y, cosa más lamentable, las madres hacían lo mismo con sus criaturas. Muchos ciudadanos pobres salían de noche de la

ciudad, llegando hasta las avanzadas romanas, para coger algunas plantas y hierbas silvestres; y cuando pensaban haber escapado al enemigo, caían en manos de sus compatriotas, que les arrebatában lo que traían, aunque los suplicasen en nombre de Dios que les dejasen parte.

Lo terrible del hambre los obligaba al fin a salir de la ciudad. Si los cogían los soldados romanos, eran azotados y atormentados con toda clase de torturas, para ser crucificados al fin ante los muros de la ciudad. Tito lo lamentaba, pues en un solo día cogieron quinientos o más. Los soldados, por odio y por ira, los crucificaban espalda contra espalda, dos en una misma cruz; y eran tantas las víctimas, que faltaban cruces para los hombres y espacio para las cruces. Los fugitivos tenían costumbre de tragarse monedas de oro y joyas para salvarlas. Cuando se conoció este artificio, los soldados los abrían vivos y les registraban las entrañas, a fin de encontrar los tesoros. Nada hizo perecer tantos judíos como esto: en una sola noche fueron abiertos 2.000 de ellos.

El sitio y la destrucción.—Los romanos sostuvieron el ataque, apoyados hombro contra hombro, a manera de férrea muralla, cubriéndose con sus escudos y sin retroceder una pulgada;



en torno del templo no se oían más que gritos de guerra y el choque de las armas. Tito en persona dirigió la acción. Un soldado romano, «instrumento de la ira divina,» (1) exasperado por el empuje de los judíos, cogió un leño ardiendo, y

encimándose en un camarada suyo, lo arrojó por un tragaluz de la puerta dorada que conducía a las habitaciones situadas en la

(1) Josefo.

parte norte, al lado del *Sancta Sanctorum*. Probablemente cayó en la leña siempre existente allí para los holocaustos, o sobre alguna cosa inflamable, pues inmediatamente surgieron grandes llamaradas. Al verlas los judíos, prorrumpieron en lamentos y gritos de angustia. El tumulto y clamoreo de la soldadesca, que mataba y saqueaba, y los gritos de los moribundos eran ensordecedores. Cerca de 6.000 seres humanos, casi todos mujeres y niños, se habían refugiado en las azoteas del pórtico; ni uno solo escapó con vida. En vano daba órdenes Tito, por gesto y a grandes voces, tratando de restablecer la tranquilidad y organizar los trabajos para apagar el fuego. La gritería impidió oírle; y los legionarios, ansiosos sólo de saqueo y matanza, no hicieron caso de sus gestos. El velo se rasgó a medida que las llamas subían, y la corriente abrasadora del aire dispersó sus cenizas.



«Grande y admirable eres tú, oh Señor, exclamó un soldado cristiano, lo mismo en las manifestaciones de tu vengadora justicia que en las de tu tierna bondad. El incendio de este templo no es más que una imagen del juicio futuro, cuando será consumida la tierra entera en espantosa conflagración.» El día 17 de abril del año 71 después de Jesucristo, hizo Tito su entrada triunfal en Roma, junto con su padre Vespasiano, primer general enviado contra los judíos.—(*Según Josefo.*)

Luz y sombra

Cuando en el seno de la noche fría
oculta el sol su resplandor fecundo,
es para renacer, y espera el mundo
la nueva luz con el cercano día.

Mas ¿quién penetra la inquietud sombría
que abruma el corazón del moribundo?
¿Quién sabe lo que guarda ese profundo
crepúsculo moral de la agonía?

N. de Arce.

La vida del muchacho

Hermana María,
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga,
ni yo iré a la escuela.

Pondráste el corpiño
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega.

Y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
medias de estameña.

Y si hace bueno,
traeré la montera,
que me dió en la Pascua
mi señora abuela.

Y el estadal rojo,
con lo que le cuelga,
que trajo el vecino
cuando fué a la feria.

Iremos a misa;
veremos la iglesia;
darános un cuarto
mi tía la ollera;

Compraremos de él,
que nadie lo sepa,
chochos y garbanzos
para la merienda.

Y en la tardecita,
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro,
y tú a las muñecas

Con las dos hermanas
Juana y Magdalena,
y las dos primillas
María y la tuerta;

Y si quiere madre
dar las castañetas,

podrás tanto de ello
bailar en la puerta;

Y al son del adufe
cantará Andregüela:
*No me aprovecharon,
mi madre, las hierbas.*

Y yo del papel
haré una librea,
teñida con moras,
porque bien parezca;

Y una caperuza
con muchas almenas;
pondré por penacho
las dos plumas negras

Del rabo del gallo,
que allá en la huerta
anaranjamos
las carnestolendas;

Y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus trenzaderas;

Y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí,
dos hilos por riendas,

Y entraré en la calle
haciendo corvetas
yo y otros del barrio,
que son más de treinta;

Jugaremos cañas
junto a la plazuela,
porque Bartolilla
salga acá y nos vea:

Bartola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca.

Góngora.

Una contestación

—Padre, ¿a qué esa constante
tarea vana
de pedir el pan nuestro
cada mañana?
¿No fuera más sencillo,
y aun más prudente,
que el primero de enero
constantemente
se pidiera el pan nuestro
de todo el año?
—Desecha, por absurda,
tal tontería;
pide a Dios el pan nuestro
de cada día;
porque si Dios te escucha
para tu daño,
y te da el pan que pides
de todo el año,
¿no comprendes, pequeño,
que, de seguro,
lo tendrás todo el año
que comer duro?

Un rapazuelo

Se celebra ante el alcalde
y la Junta de enseñanza
de un pueblo, un severo examen,
por medio del cual se trata
de apreciar lo que los chicos
han aprendido de *Prácticas
Agrícolas*. El maestro
pregunta al chico que halla
más cercano: —¿Cuándo han
de cogerse las manzanas?
El discípulo vacila,
cierra los ojos, se rasca
el occipucio, y contesta:
— Cuando está lejos el guarda.
F. S.

La Creación

Nace la hierba en el prado,
y entre la hierba las flores,
con sus vistosos colores,
con su aroma delicado;
bulle el insecto en la grama;
trisca, en el monte, el cordero;
el ruiseñor y el jilguero
revuelan de rama en rama;
y el ave, el insecto, el bruto,
campos, arroyos y flores,
todos cantan tus loores
y te dan, Señor, tributo.
M. de la Rosa.

La pluma

«Pluma: cuando considero
los agravios y mercedes,
el bien y el mal que tú puedes
causar en el mundo entero;
que un rasgo tuyo severo
puede matar un tirano,
y que otro, torpe y liviano,
manchar puede un alma pura,
¡me estremezco de pavora
al alargarte la mano!»

Ayala.

Epígrama

Cascando un piñón don Justo,
avaro sobresaliente,
sintió rompersele un diente,
y se llevó un grande susto.
Pero pronto se rehizo,
y exclamó muy placentero:
«Este no cuesta dinero:
¡me temí fuera el postizo!»

Interpretación

Llevó un chalán al mercado
un burro sarnoso y viejo,
y al ver que le contemplaba
con interés un paleta,
le preguntó: —¿Osté se cree
que ve un burro? Ni por pienso;
esto es un collar de perlas
y rubíes. ¡Vaya un pelo,
y un garbo, y unas hechuras,
y una pinta, y unos remos!
Tiró del ramal, y el burro
quiso salir tan ligero,
que sin poder sostenerse,
rendido se vino al suelo.
Levantándole el chalán,
exclamó: —¡Ve osté que genio
de animal! Y dijo al burro
con cariño: — ¡Pinturero!

F. S.

La verdadera alegría

Sabe mi dolor profundo
que la alegría y la calma
no van desde el mundo al alma
sino desde el alma al mundo.

Campoamor.

Ahorro escolar

— Aquí tienes, hijo mío,
el recibo del colegio;
importa cuarenta y cinco
pesetas y doce céntimos.
¡Cuánto cuesta el estudiar!
— Mucho, padre. Yo por eso,
sabedor de lo que cuesta,
soy de los que estudian menos.

F. S.

Arriba los corazones

¿Por qué los corazones miserables,
por qué las almas viles,
en los fieros combates de la vida
ni luchan ni resisten?

El espíritu humano es más constante
cuanto más se levanta:
Dios puso el fango en la llanura, y puso
la roca en la montaña.

La blanca nieve que en los hondos valles
derrítese ligera,
en las altivas cumbres permanece
inmutable y eterna.

N. de Arce.

F I N

